

Rosa Luxemburgo

Cartas de Amor

Rosa Luxemburgo

Cartas de Amor

Selección y prólogo

Annelies Laschitza

Traducción

Rosa Dubinski y Guillermo Israel

Cartas de Amor de Rosa Luxemburgo

Traducción: Rosa Dubinski y Guillermo Israel

Diagramación: Salvador López

Portada: Vanessa Cárdenas

3ª edición Buenos Aires, 2015

Gracias a Isabel Loureiro

Reimpresión Quito, 2017

Esta publicación fue apoyada por la Fundación Rosa Luxemburgo con fondos del Ministerio Federal para la Cooperación Económica y Desarrollo de Alemania (BMZ).

1ª ed. Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo, 1989

2ª ed. Casa Bertolt Brecht, Montevideo, 2012

Casa Bertolt Brecht

www.cbb.org.uy

Fundación Rosa Luxemburg

Oficina Andina

www.rosalux.org.ec



**FUNDACIÓN
ROSA
LUXEMBURG**



casa bertolt brecht

Prólogo

Este libro contiene una pequeña selección de cartas de amor de Rosa Luxemburgo.

“Quien realmente es rico y libre en su interior”, escribió Rosa Luxemburgo el 30 de marzo de 1917 a su amigo Hans Diefenbach, “puede darse de forma natural en cualquier momento y dejarse arrastrar por su pasión, sin ser infiel a sí mismo”⁽¹⁾. Rosa Luxemburgo era una mujer plena de pasiones. Impresionaba por su consecuente militancia política como revolucionaria marxista y como internacionalista proletaria.

Brilló por lo multifacético de sus intereses y talento. Estudiaba con obsesión, escribía convincentemente, polemizaba con agudeza, leía mucho y críticamente, su oratoria era cautivante y su conversación reconfortaba. Se entusiasmaba con las flores y las plantas, se preocupaba por los animales, se apasionaba con la música, le gustaba viajar, pintaba y dibujaba, y se interesaba por la botánica. La mayoría de sus

experiencias y conocimientos, de sus capacidades y aptitudes fueron adquiridos “en medio de la tormenta... y aquello que se aprende con ardor –escribía– se arraiga profundamente”⁽²⁾.

Leyendo estos pensamientos de Rosa Luxemburgo, se siente a la mujer extraordinaria y a la valiente revolucionaria que trabaja perseverantemente, lucha sin doblegarse, vive con exigencia, ama con fervor, atravesada por “dos elementos básicos de la naturaleza femenina: bondad y orgullo”⁽³⁾.

El carácter de una mujer no se evidencia donde empieza sino donde termina el amor. Esto fue expresado por Rosa Luxemburgo, horrorizada al leer que la Sra. von Stein se comportaba como una mujerzuela vociferante cuando Goethe rompió sus relaciones con ella⁽⁴⁾.

Personas como Rosa Luxemburgo rara vez escriben algo sin aportar sabiduría propia. Rosa Luxemburgo tenía rica experiencia amorosa. Mucha gente la estimaba, otros buscaban

amarla y ella permanecía fiel a quien entregaba su amor.

La más prolongada e íntima ligazón unió a Rosa Luxemburgo con Leo Jogiches desde 1890 hasta 1906. Su cariño profundo hacia el hombre amado se unía a la consideración por su inteligencia y su capacidad. Vio en él al revolucionario experimentado, a quien trataba de igualar con su actividad. Se han conservado cientos de cartas de Rosa Luxemburgo a Leo Jogiches, que muestran la amplitud y sinceridad de ambos en su relación. En la medida en que Rosa Luxemburgo cobró conciencia de su propia fuerza y capacidad, entre ellos se manifestaron tensiones. Despertó así su amor propio y ella empezó a expresar su disgusto por su actitud protectora. Ella siempre quiso trabajar política y científicamente, vivir y convivir con él y tener un hijo suyo. Cuando estos deseos fueron rechazados por Jogiches, cada vez más bruscamente, se enfrió su amor y se terminó la relación.

Pero aun cuando se truncó su relación personal, ambos siguieron luchando como compañeros por la causa común. Con sutileza y comprensión, Rosa Luxemburgo supo explicar luego de la ruptura las características de Leo Jogiches. El 28 de julio de 1909, escribía: “A pesar de su talento extraordinario y su agudeza, Leo es incapaz de escribir, cuando tiene que llevar sus pensamientos al papel, lo invade una especie de parálisis. Esta fue la maldición de su vida, durante decenas de años... Entonces sobrevino la revolución y él, de repente, no sólo conquistó el papel de jefe en el movimiento polaco sino también en el ruso. Además, se convirtió naturalmente en el jefe de redacción entre nosotros. Igual que antes, era incapaz de escribir una sola línea, pero era el alma de la literatura partidaria y su tiempo le alcanzaba para cumplir con todas sus obligaciones...”⁽⁵⁾.

Cuando Rosa Luxemburgo hizo este impresionante esbozo biográfico de Leo Jogiches, mantenía desde hacía tres años una estrecha amistad con Kostia Zetkin, fue a él a quien

dirigió la mencionada carta. En la relación con Kostia, cada vez más firme desde 1907, fundió el deseo de tener un hijo con el amor hacia un hombre de quien deseó sentirse un poco madre. Con él quiso sentir, amar, soñar e introducirlo en todas las esferas de su vida. Algunas veces quería enseñarle y ayudarle en su formación. Lo hacía de manera tal, que no dudó en transmitirle todas las emociones de su espíritu. Libre y sin ataduras, expuso lo que en tales momentos sentía y pensaba.

Esta relación no fue de larga duración y se transformó nuevamente en amistad, tal como la cultivara Rosa Luxemburgo con toda la familia Zetkin, durante muchos años y hasta el fin de su vida. Pero desde 1912-1913 no cesó la preocupación de Rosa Luxemburgo por el desarrollo de Kostia Zetkin. Mantuvo su alta opinión acerca de la multifacética capacidad y de la sensibilidad de este hombre, 15 años más joven que ella.

Clara Zetkin confirmó en una carta del 13 de enero de 1919, desde Stuttgart, la profun-

da ligazón de Kostia con el destino de Rosa Luxemburgo: “Me es imposible ahogar mis dolorosas preocupaciones y temores por ti, me es imposible ahogar el sentimiento de dolor, de vergüenza por no estar junto a ti y compartir tu lucha, tu suerte y quizás tu muerte... Al tormento propio, se une el de Kostia. Está al borde de la locura, pero lucha valerosamente para parecer firme y orgulloso. El único rayo de luz es que nosotras dos nos comprendemos en nuestro dolor. Kostia quiso ir a tu encuentro, pero se quedó conmigo movido por su preocupación y amor, cuando yo me encontraba entre la vida y la muerte. Ahora se autotortura... Yo sé que tú nunca has querido una muerte mejor que caer luchando por la revolución. Pero ¿nosotros podemos renunciar a ti? ¿Podemos vivir sin ti?”⁽⁶⁾.

Ya antes de la guerra, Rosa Luxemburgo conoció a Hans Diefenbach también considerablemente más joven que ella. Las pocas cartas a Hans Diefenbach, de los años 1914 a 1917 que pudieron ser conservadas reflejan

una relación en la cual el dar y el recibir se mantenían en equilibrio. Hans Diefenbach le informaba a Rosa Luxemburgo todo aquello que la preocupaba o alegraba. Ella recuerda horas vividas en común, libros y música. Le escribe acerca de sus esfuerzos para aprender a dominar las más variadas situaciones de la cárcel, expresando su desesperación y su valor.

Cuando en octubre de 1917 recibió la noticia que Hans Diefenbach había caído en la guerra, anotó conmovida: “Teníamos miles de planes para la post-guerra. Queríamos ‘disfrutar la vida’, viajar, leer buenos libros, admirar como nunca la primavera... No lo puedo comprender. ¿será posible? Como una flor arrancada y pisoteada...” ⁽⁷⁾. Rosa Luxemburgo, en una carta enviada desde la cárcel de Breslau a la hermana de él, caracterizó amorosamente a Hans: “Lo que Vd. ha perdido con su muerte nadie puede saberlo mejor que yo, porque creo que nadie lo conoció mejor. Vd. tiene razón. Hans superaba a todos los hombres que yo conozco, por su nobleza,

pureza y bondad. Esta no es la tendencia habitual de hablar bien de un muerto. Hace muy poco, desde mi anterior prisión, le escribí por un motivo especial referido a nuestros amigos. Le decía cuánto me tranquilizaba y aliviaba la idea de que él, Hans, era incapaz de una acción innoble, incluso, aunque nadie lo observara, ni en lo más recóndito de su pensamiento. Todo lo ordinario le era absolutamente ajeno, como si él estuviera hecho de la materia más pura y mejor de la cual se hacen los hombres. Sus debilidades —naturalmente también las tenía— eran las de un niño, aún no preparado para lo real de la vida, para la lucha con su inevitable brutalidad y con un permanente miedo interno ante esa vida. Yo siempre tuve miedo por él, era un eterno diletante expuesto a todas las tormentas de la vida. Intenté de mi parte presionar suavemente para lograr que él, de alguna manera, tuviera en cuenta la realidad. Pero todo se acabó. He perdido a la vez a mi mejor amigo, quien como ninguno comprendía y compartía cada uno de mis estados de ánimo,

cada sentimiento. En la música, en la pintura, y en la literatura, que a él y a mí nos significaban oxígeno, teníamos los mismos dioses y hacíamos descubrimientos comunes”⁽⁸⁾.

Rosa Luxemburgo sentía también algo más que amistad hacia su abogado y compañero de lucha en la Liga Espartaco, Paul Levi. “Querido —escribía a Levi en 1914, hoy estuvo Rosenfeld en la fiscalía para hacer averiguaciones. Pero le dijeron que ‘ambas causas son secretas’ y que se encuentran ahora en la fiscalía superior. No sabemos qué significa esto. Es posible que allá arriba estén deliberando para darnos un golpe mayor. Posiblemente nos hemos de ver pronto. Eso se decide pasado mañana. No puedo decirte cuántas ganas tengo de estar una hora tranquila contigo. En Pentecostés ambos nos proponíamos leer algo. En esta batahola no tengo tiempo para hacer nada sensato. ¿Qué ha sido de vuestra asamblea general con vistas al Congreso Internacional? Aquí hace calor como si estuviéramos en agosto. Espero que

también allí para que el sol te dé calor y te cure, mi querido!”⁽⁹⁾.

Las líneas que Rosa Luxemburgo escribiera en 1917 a Sofía Liebknecht, tan apenada por las dudas y el amor por la vida, surgieron de la riqueza de todas las vivencias y experiencias de las profundas relaciones humanas de Rosa Luxemburgo: “¡Oh, cuánto la comprendo, si para Vd. cada bella melodía, cada flor, cada día de primavera, cada noche de luna significa una nostalgia y una seducción por lo más bello que el mundo puede ofrecer! ¡Cuánto comprendo que Vd. esté enamorada ‘del amor’. También para mí era (¿o es?...) el amor en sí, siempre más importante y más sagrado que el objeto que lo incita. Y eso es porque él permite ver al mundo como un cuento destellante, porque extrae del hombre lo más elevado y bello, porque eleva lo más vulgar y bajo, engarzándolo como brillantes...”⁽¹⁰⁾.

Annelies Laschitza⁽¹¹⁾

Notas:

- (1) Rosa Luxemburgo: Cartas, t. 5, Berlín, 1984, pág. 196.
- (2) Ibidem.
- (3) Ibidem, pág. 158.
- (4) Ibidem, pág. 154.
- (5) Rosa Luxemburgo: Cartas, t. 3, Berlín, 1982, pág. 53.
- (6) Instituto de Marxismo-Leninismo. Archivo Central del PSUA, N.L., N° 5/88.
- (7) Rosa Luxemburgo: Cartas, t. 5, pág. 320.
- (8) Ibidem, págs. 326-327.
- (9) Ibidem, pág. 437.
- (10) Ibidem, pág. 333.
- (11) Editora de las Cartas Completas de Rosa Luxemburgo y co-editora de las obras de Rosa Luxemburgo. Trabajó como consultora para la película Rosa Luxemburgo de Margarethe von Trotta.

A Leo Jogiches



Clarens, 20 de marzo de 1893.

¡Ciucia, adorado! Recién (a las 4) recibí tu carta y tu tarjeta. Entonces ¡aún debo esperar dos días! Hoy a las 3 fui a la estación y pensé en volver a las 8 y 20.

Desde la mañana, por primera vez, el día se presentó grisáceo. No hay indicios de lluvia. El cielo está cubierto con nubes de diferente tamaño y semeja un profundo mar tormentoso. El lago centellea y su superficie parece de color acerado. Las montañas envueltas en neblina están tristes, el Dent du Midi se ve a través de la neblina. El aire es suave, fresco y lleno del aroma del pasto y de los manzanos. Alrededor reina el silencio, los pájaros trinan continuamente como en un sueño. Yo estoy sentada en la pradera, cerca de la casa, debajo de un árbol, cerca del caminito que viene de la fuente. El pasto crece exuberante, abundan las flores, especialmente las grandes de color amarillo. Encima de ellas zumban las abejas

en cantidades tales, que a mi alrededor hay un zumbido permanente. Huele a miel. De vez en cuando, vuela un gran zumbador por encima de ellas. Me siento triste y a la vez experimento un gran bienestar en el alma, porque me gusta este tiempo tan tranquilo, pleno de sol. Lástima que me incita más bien a soñar que a trabajar. Dziodzio, ¡apúrate! Seguramente no vendrás tampoco el miércoles. En la tarjeta quisiste agregar “o”... Eso quiere decir que tú pensabas venir el jueves. Ya ves, Dziodzio, debemos irnos de acá lo más pronto posible...

Te envió otra carta desde casa. Hoy llegó un gran paquete de diarios, enviado desde Vilna por tus parientes.

¡Aún debe pasar la tarde de hoy, el día de mañana y otro mediodía! Aquí me siento muy solitaria. Hemos estado juntos sólo tres escasas semanas. Pasearemos en bote ¿no es cierto? Y haremos un largo paseo por las montañas ¿no es cierto? Apúrate, mi adorado, ve rápido a ver a tu mamá.

No te olvides de traer el Cartismo.

Anoche me despertó una voz. Escuché, pero era yo misma quien hablaba (...). Me despertó mi propia voz y ahí me di cuenta que era un sueño. La realidad me indicó que mi Dziodzio estaba lejos, lejos, y yo me encontraba sola con mi alma. En ese momento alguien subió ruidosamente la escalera. Aún presa del sueño, me imaginé que eras tú quien subía y que habías llegado con el último tren a la una de la mañana (en el sueño cambié un poco el horario) y que te ibas a dormir al piso superior para no despertarme y darme una sorpresa en la mañana. Contenta, me dormí con una sonrisa. Hoy de mañana me levanté y corrí arriba para encontrarte y ¡fíjate! todo había sido un sueño. Si tú no llegas el miércoles, correré con el primer tren a Ginebra. ¡Ya verás!



Rosa Luxemburgo, 1893

Suiza, 16 de julio de 1897.

No, no puedo seguir trabajando. Permanentemente los pensamientos me llevan a ti. Debo escribirte algunas palabras: Queridísimo Leo, tú ahora no estás conmigo y toda mi alma está impregnada de ti. Ella te abraza. Seguramente te parecerá inconcebible, incluso cómico que te escriba esta carta, ya que vivimos a diez pasos uno del otro. Nos vemos tres veces por día –por otra parte, sólo soy tu mujer– ¿y para qué todo este romanticismo de ponerse de noche a escribir cartas al marido? Ah, mi adorado, aunque todo el mundo lo considere cómico ¡tú no! Por lo menos lee esta carta con seriedad y con sentimiento, con el mismo sentimiento con que has leído mis cartas en aquel tiempo de Ginebra, cuando aún no era tu esposa. Escribo esta carta con el mismo sentimiento de entonces y de la misma manera mi alma me lleva a ti. Y de igual modo las lágrimas inundan mis ojos. Seguramente al leer esto has

de reírte y pensarás que “cualquier nimiedad puede conmoverme hasta las lágrimas”.

Querido Dziodzio: ¿sabes por qué te escribo en vez de hablar contigo? Porque ya no sé si puedo hablarte libremente acerca de estas cosas. Me he vuelto sensible y desconfiada como una liebre. El menor gesto de tu parte o una palabra intrascendente, me oprimen el corazón y me cierran la boca. Sólo puedo hablar abiertamente contigo cuando estoy rodeada de una atmósfera cálida y plena de confianza y esto suele suceder rara vez entre nosotros. Fíjate: en estos pocos días de soledad y reflexión fui desbordada por un sentimiento curioso que despertó en mí. ¡Tenía tantas ideas para expresarte! Pero tú estabas distraído, alegre y afirmabas que no necesitabas de nada “físico”, o sea, precisamente aquello que me preocupaba a mí en estos momentos. Esto me ha dolido mucho. Pensaste que yo estaba desconforme porque tú te fuiste tan rápidamente. Tal vez no me hubiera decidido a escribirte ahora pero me ha alentado la sensación que tú, al despedirte,

me demostraste algo del sentimiento de aquel pasado cuyo hálito me sobrecogió. Casi me ahogué en lágrimas recordando aquella noche antes de dormirme. Mí querido, mi amado: tus ojos buscan, con seguridad, impacientemente “¿hacia dónde quiere llegar por fin?” ¿Yo que sé? Quiero amarte, quiero que entre nosotros haya aquella atmósfera suave, de confianza, ideal, como en aquellos tiempos. Tú, mi querido, muy a menudo me comprendes superficialmente. Piensas que me enojo porque te vas o algo por el estilo. Y no te puedes imaginar cuan profundamente me duele esto. Para ti, nuestra relación es algo superficial. No me digas, querido, que yo no entiendo. Que no es tan superficial como yo pienso.

Sé y comprendo lo que significa y lo comprendo porque lo siento. Antes, cuando hablabas de ello, sonaba a vacío. Pero ahora es dura realidad. ¡Oh, yo siento muy bien esta superficialidad! Lo siento cuando veo tu rostro sombrío y cuando te mortificas en silencio ante cualquier preocupación o inconveniente, y

tu mirada me dice: “esto no es cosa tuya, preocúpate de tus asuntos”. Yo lo siento cuando luego de alguna disputa mayor te pones a cavilar acerca de nuestras relaciones, llegando a conclusiones y a alguna decisión. Cuando actúas frente a mí lo haces de tal manera que yo quedo alejada de todo eso y sólo puedo pensar acerca de qué y cómo piensas. Yo siento esa superficialidad luego de cada encuentro, cuando me apartas de ti y te encierras en tu trabajo. La siento cuando abarco en mi mente todo mi futuro, que me presenta como una muñeca articulada movida por un mecanismo exterior. Mi querido, mi amado, no quiero nada. Sólo quiero que tú no interpretes cada una de mis lágrimas como escenas femeninas. ¿Yo qué sé? Con seguridad soy la culpable de que no exista entre nosotros una relación cálida y equilibrada. Pero ¿qué puedo hacer? No puedo dominar mi conducta. No sé por qué no soy capaz de comprender la situación. No soy capaz de sacar conclusiones. No soy capaz de tomar una determinación sobre ti. Actúo intuitivamente

en cada momento. Si mi alma está plena de amor y dolor, me lanzo en tus brazos y si me ofendes con tu frialdad, mi corazón se parte y te odio al punto de poder matarte. Mi adorado: tú puedes comprender y meditar, porque en nuestra relación ¡lo has hecho por ambos! ¿Por qué ahora no lo quieres hacerlo junto a mí? ¿Por qué me dejas sola? Oh, Dios mío, me dirijo a ti cuando posiblemente sea verdad lo que siempre me pareció: que tú ya no me quieres tanto, ¿quizás? Tal vez, así lo siento.

Ahora, casi con seguridad, ves en mí sólo lo malo y lo feo. Casi no sientes la necesidad de pasar tiempo conmigo. Por otra parte ¿acaso sé qué me induce a pensar así? Sólo sé que cuando dejo fluir mis pensamientos y mi imaginación, algo me dice que serías ahora mucho más feliz si esta situación no existiera y pudieras irte y liberarte de todos nuestros asuntos. ¡Oh, mi querido, comprendo y veo qué poca claridad vislumbra tú en nuestra relación. Cómo con estas escenas te destrozó los nervios, con estas lágrimas, estas pequeñeces

e incluso con esta desconfianza de tu amor! Lo sé, mi adorado, cuando pienso en ello quisiera estar en cualquier parte, irme al diablo, o mejor aún, no existir.

Me duele sobremanera la idea de haberme introducido en tu vida tan pura, orgullosa y solitaria, con estas historias femeninas, con mi desequilibrio y mi desorden. ¿Para qué, para qué diablos? Por Dios, es inútil hablar de ello. Mi querido, has de preguntarte nuevamente adónde quiero llegar. Nada, nada mi querido, sólo quiero que sepas que no te mortifico ciegamente y sin pesar, quiero que sepas que a causa de ello vierto amargas lágrimas y no obstante no sé cómo debo comportarme y cómo ayudarme a mí misma. A veces pienso que lo mejor sería verte lo menos posible. Otras, me sobresalto y quisiera olvidar todo y echarme en tus brazos para desahogarme. Pero entonces, otra vez me invade este maldito pensamiento, que me susurra: déjalo en paz, él soporta todo sólo por delicadeza y dos o tres pequeñeces me lo confirman y en mí

crece el odio. Quisiera mortificarte, morderte y mostrarte que no necesito de tu amor, que puedo vivir sin ti. Pero de nuevo me mortifico por estar sola. Y así giro en un círculo vicioso.

Cuántos dramas, ¿no es cierto? ¡Aburrido! Siempre lo mismo. Y yo siento que ni siquiera he dicho la décima parte o nada de lo que hubiera querido expresar.

“Si se ajustara el idioma a la voz, la voz a los pensamientos, dónde el rayo del pensamiento atraparía a la palabra¹”.

¡Adiós, mi querido! Ya me arrepiento de haberte escrito. ¿Quizás te enojas? ¿Quizás te rías? Por favor, no te rías.

“Sólo tú, amada, das la bienvenida como antes al fantasma²”.

¡Dziodzio, Dziodzio!

Allá lejos en el tiempo con ansia te deseaba³
extendía hacia ti los brazos
escudriñaba en el alma del retrato más querido
otorgándole los más dulces nombres.

Nerviosa y tierna, arranco riendo
el enfermizo rencor del corazón,
me alegra el eco de tu voz,
incluso el eco de tus palabras.

Pero cuando tú llegas, quedo petrificada
en vez de arrojarme en tus brazos,
se me encoge el corazón y con miedo espero
cuál será tu recibimiento.

Mis ojos acechar, ¿qué te traerás?
¿con qué cara vendrás?
Espero si tú reclamas un abrazo
cuento cada movimiento y cada palabra.

Ya no sé cuál fuerza rige el hilo de
mis pensamiento y mis palabras,
mi pensamiento no trae mis sentimientos
y las palabras al pensamiento.

Tú te sientes tieso, yo estoy muda
nos herimos el uno al otro
tanto con palabras como con silencios
parcos y asustados transcurre el tiempo.

¿Qué nos pasó, qué nos pasó?
¡Nos amábamos tanto!
Jamás nos alcanzaba el tiempo
para estar juntos.

Éramos buenos, éramos sencillos,
llegadas y despedidas plenas de fe
escuchábamos las palabras del amor,
sin intenciones ocultas.

Hoy te vas, hastiado por las disputas.
Quiero llamarte: ¡quédate amado!
"Buenas noches", susurran tus fríos labios,
y yo me vuelvo bañada en lágrimas³.

Berlín, 6 de marzo de 1899.

¡Mi querido y amado Dziodziuka! Te beso mil veces por tu carta tan amorosa y por el regalo que aún no he recibido. ¿Qué pasa en este año, que el cuerno de la abundancia me vierte su contenido? ¡Imagínate que los Schoenlanks me enviaron catorce tomos de la edición de lujo de Goethe! Junto con los tuyos, se forma una biblioteca y la dueña de la casa tendrá que darme una nueva estantería, además de las dos que ya tengo. ¡Cuánto me alegro de que hayas elegido a Rodbertus, es mi economista más apreciado a quien puedo leer cien veces seguidas, con idéntica satisfacción! ¡Y además el diccionario! Esto supera mis deseos más audaces. Tengo la impresión de haber recibido no un libro, sino una propiedad, algo así como una casa o una parcela de tierra. ¿Sabes? Si juntamos todos los libros, tendremos una hermosa biblioteca y en el caso que nos instalemos como la gente, deberemos comprarnos un armario cerrado con vidrios.

Mi adorado, querido, ¡cuánta alegría me produjo tu carta! Seguramente, la he leído no menos de seis veces de punta a punta. ¿De veras estás contento conmigo? Me escribes que yo sé en secreto que en algún lugar ¡existe un hombre llamado Dziudziu que me pertenece! Sí, no sientes que todo lo que hago es pensando en ti: cuando escribo un artículo pienso que te va a agradar. Y en los días en que me asaltan dudas acerca de mis fuerzas y no puedo trabajar, me invade el pensamiento de cómo habrás de reaccionar, que no satisfago tus expectativas y te sentirás defraudado. Cuando recibo pruebas de mi éxito, como por ejemplo una carta de K.K. (Karl Kautsky) lo siento sencillamente como un tributo moral para ti. Te juro por mi madre a la que quiero mucho, que la carta de K.K. me es completamente indiferente. Mi alegría fue tan grande, porque apenas abierta la leí a través de tus ojos y sentí la alegría que te iba a causar. Espero impacientemente tu respuesta (ella llegará mañana, con seguridad, junto con

los libros y será una doble alegría). Sólo me falta una cosa para mi tranquilidad interior: el orden exterior de tu vida y de nuestra relación. Te darás cuenta que no tendré por mucho tiempo más, una situación (moral) para que podamos vivir tranquila y abiertamente, como marido y mujer. Esto lo has de comprender. Estoy feliz, pues al fin obtendrás la ciudadanía y podrás dedicarte con energía a obtener el doctorado. Siento a través de tus cartas, que estás con buen ánimo. Por otro lado, durante la campaña con Schippel, tus cartas me han incentivado a la reflexión y en la última me has dado la idea central de los artículos (la parte acerca de las consecuencias de la descarga de los trabajadores, la traduje textualmente de tu carta).

¿Acaso crees que yo no veo y aprecio esto, que tú recoges el llamado a la lucha e inmediatamente estás a mi lado, me impulsas, de manera tal que olvido todos mis pecados!... No te puedes imaginar con cuánta alegría y nostalgia espero tus cartas. Cada una de ellas me da fuerza y alegría, apoyo y valentía.

El párrafo de tu carta en el cual escribes que aún somos jóvenes y que hemos de lograr el arreglo de nuestra vida personal me ha causado especial felicidad. ¡Oh, Dziudziu, adorado! ¡Si tú cumplieras esta promesa!... Una pequeña casa, un par de muebles, una biblioteca, un trabajo tranquilo y regular, pasear juntos, de vez en cuando ir a la ópera, un pequeño, muy pequeño círculo de relaciones a quienes se pueda invitar de vez en cuando a cenar. Una vez al año, en verano hacer un viaje de un mes a la campaña, pero esto sin nada de trabajo!... (¿y quizás también un bebito? ¿Será posible algún día? ¿Nunca? Dziudzius: ¿sabes qué idea me vino repentinamente ayer durante un paseo por el Jardín Zoológico? ¡Pero sin exagerar! De repente, un niño, de 3 a 4 años con un traje encantador, rubio, se paró frente a mí y me miró fijamente. De repente, algo me empujó a tomarlo y huir con él a casa, para quedármelo. Ah, Dziudziu ¿tendré alguna vez un hijo?).

Pero en nuestra casa, no nos pelearnos más, ¿no es así? Nuestra casa tiene que ser tranquila y pacífica, como la de todos. ¿Sabes

lo que me amarga? Me siento vieja y fea. Tú no vas a tener una mujer bonita a tu lado, cuando pasees del brazo conmigo por el Jardín Zoológico. Nos hemos de mantener alejados de los alemanes. A pesar de las invitaciones de K.K., mi conducta será tal que se darán cuenta que no tengo ningún interés personal en tales relaciones.

Dziudziu, cuando tú: 1) obtengas la ciudadanía, 2) hagas tu doctorado, 3) te instales abiertamente conmigo en una casa y ambos trabajemos, entonces ¡será ideal! Ninguna pareja en el mundo tiene, como nosotros, tantas condiciones para ser feliz. Hemos de ser felices, si ponemos buena voluntad de nuestra parte. ¿No hemos sido felices cuando vivimos algún tiempo juntos y tuvimos trabajo? ¿Recuerdas Weggis? ¿Melide? ¿Bougy? ¿Blonay? ¿Recuerdas que entonces no precisamos del mundo, siempre y cuando estuviéramos juntos? ¡Al contrario! Temo el menor contacto con otra persona extraña. ¿Recuerdas la última vez en Weggis cuando yo escribí “De escalón en escalón”? (con orgullo recuerdo qué obra

maestra ha resultado). Estaba enferma, en cama, y escribí muy nerviosa. Tú fuiste tan bueno y amoroso, me tranquilizabas, me besabas y me decías con tu agradable voz que aún escucho: “Ciucka, tranquilízate, todo se arreglará.” No lo he de olvidar jamás.

¿Te acuerdas cómo en Melide, luego del almuerzo te sentabas en el balcón, tomabas café cargado, transpirabas bajo ese sol tan fuerte y yo me escondía en el jardín con mi cuaderno de “Instrucciones administrativas”? ¿Recuerdas cómo un domingo aparecieron unos músicos en el jardín - que nos molestaron? Caminamos hasta Maroggia y volvimos. Sobre el San Salvatore se puso la luna y - conversamos abrazados- acerca de mi vuelta a Alemania. Admiramos la luna sobre la montaña. ¿Recuerdas eso? Aún siento el aroma de aquella noche. ¿Recuerdas aquella tarde cuando llegaste a las 8 y 20 de Lugano, cargado de paquetes? Yo te alumbraba con el farol y llevamos los paquetes a la casa. Puse sobre la mesa: naranjas, queso, salame, una tortita sobre papel, ¡oh! ¿sabes

una cosa?, creo con seguridad nunca cenamos mejor que entonces, en la pequeña mesa en el cuarto vacío, con la ventana abierta sobre el balcón y el perfume que emanaba del jardín. Tú freíste huevos en el sartén con gran maestría y a lo lejos en la oscuridad pasaba atravesando el puente, muy ruidosamente, el tren hacia Milán.

¡Oh, Dziodzio, Dziodzio, escondámonos lo antes posible de la mirada del mundo entero, en dos piecitas - donde trabajaremos, cocinaremos y la pasaremos bien!... (¿"te acuerdas que sólo había perros de trineo muy pequeños"?)⁴.

Querido Dziodzio, niño mío, paso mis manos sobre tu nuca, te beso mil veces y quisiera que tú me llevaras en brazos, como a mí me gusta. Pero tú siempre te niegas, alegando que soy demasiado pesada. Hoy no quiero escribir más nada sobre nuestros asuntos. Será mañana, después de la visita a K.K. Iré sin llevar el artículo porque espero tu carta. Te abrazo y te beso en la nariz que más amo y quisiera que por fin, me tomes en tus brazos. Tu Ciucia

Bitterfeld, 11 de mayo de 1899.

¡Mi querido, mi amado! Hoy recibí tu tarjeta postal. ¡Oh, sí supieras cómo me gustaría estar ahora junto a ti y disfrutar tu cercanía! Debo dominarme para no tomar el próximo tren y volar hacia ti. Renunciaría, por cierto, a la polémica (por lo menos en este momento), pero lo único que realmente me retiene es la consideración por mi padre. Sólo espero su respuesta para saber cuándo viene. Después arreglaré lo más rápidamente posible nuestra vivienda: será en Schlössli y escalaremos durante el día el Zürichberg ¿no es así?

Es mi intención no hacer nada allí, sino descansar física y espiritualmente, en tu compañía. ¡Esto nos hace falta a ambos desde hace varios años!

¡Tu adorada!



Rosa Luxemburgo, 1895

Friedenau, 24 de octubre de 1899.

¡Amado Dziudzius!

Hoy de mañana recibí tu cartita verde desde Munich. Me alegro que tú, posiblemente, te quedes en casa de los Adolfo (Warski), sólo lamento no haberlo sabido antes para escribirte a Munich. En todo caso, ya es demasiado tarde. No me has escrito si debes cambiar de tren en Leipzig. ¡Quisiera saberlo!

Hoy por fin alquilé un apartamento en la Wielandstrasse 23 con un pequeño portón pasando la esquina. Tiene un salón con muebles afelpados, un gran balcón en el segundo piso y una entrada lujosa. Lo alquilé con pensión por el precio de 80 marcos. Esto es muy barato. En la Feurigstrasse, Askew paga 90 marcos por un pequeño agujero con pensión. Me ofrecen café en la mañana, un almuerzo y la cena a las 8. Seguramente he de agregar algo a las 4 de la tarde, pero por lo menos, comeré regularmente.

Por otra parte, alquilé a prueba por un mes. Si no me gusta, puedo alquilar la pieza y sólo almorzar. Lógicamente, la calefacción y la luz corren por mi cuenta. De cualquier manera, a esta altura, no tenía otra elección.

Padezco de una tos tan fuerte que me duele todo. Para hoy me invitaron a brindar una conferencia en Stralau-Rummelsburg, pero hoy mismo escribiré que no puedo asistir, lo mismo que a Magdeburgo.

Antrick, según me escribió su esposa, está internado en un sanatorio. De manera que no existe ningún fundamento para esperar. Hoy mismo enviaré mi declaración al “Leipziger Volkszeitung” porque ahora estoy absolutamente segura y convencida que no me equivoco respecto a mi elección.

Ya ayer ordené una parte de los diarios, aquellos que estaban desparramados sobre mesas y estanterías. Hoy me propuse seriamente abordar las “Glossen”⁵, aunque tengo tantas ganas de ello como el rengo de bailar.

Iré en la tarde, por una hora a casa de los K.K. (Kautsky).

Quisiera recibir de ti una carta explícita. Infórmame todo lo que pensaste durante el viaje.

Ayer envié una carta acerca de lo nuestro a mi casa y a mi padre (poste restante). Le escribí que posiblemente nos casaremos en la primavera. Aún no hemos hablado sobre este asunto, pero no podemos dejar de hacerlo: tendremos que hacer algo parecido a un casamiento e invitar a tu hermano y a mi padre. No puedo negarle eso a mi padre, porque es la única alegría que aún le queda en la vida. Pero ¡para todo eso se necesita mucho dinero! ¿De dónde lo sacaremos?

Por ahora, me quedaré sin un centavo porque en la casa nueva debo pagar por adelantado el alquiler y parte de la pensión. Me han pedido los 80 marcos por adelantado, pero logré negociarlo.

Escribir hoy se me hace difícil: la pieza está vacía y después de tu visita, no logro retomar mi vida habitual. ¡Escríbeme! Fuertes besos.

Tu R.



Rosa Luxemburgo, 1900

Friedenau, 13 de enero de 1900 (aprox).

¡Querido Dziudziu!

Realmente -¡eres fantástico! Primero me escribes una carta en el tono más odioso y cuando yo respondo naturalmente en forma breve y desganada, tú afirmas: "tu tarjeta postal está escrita en un tono que quita las ganas de responderte en detalle!..."

Además, no te das cuenta de que toda tu correspondencia adquiere sistemáticamente un carácter tremendamente fastidioso; su único contenido se reduce a una aburrida y pedante prédica, como acostumbran ser "las cartas del maestro al querido discípulo". Comprendo que quieras comunicarme tus observaciones críticas, comprendo su utilidad en general e incluso su necesidad en determinados casos. Pero, ¡por Dios!, en ti esto se ha convertido en una enfermedad, ¡en una fea costumbre! No puedo escribirte acerca de ninguna cosa, de ningún pensamiento o hecho

sin recibir como respuesta las peroratas más tediosas y más insípidas. Ya sea que se trate de mis artículos, de mis visitas, de mi estadía en casa de los Winter, ya sea que se trate de las suscripciones de los diarios, de mis vestidos o de las relaciones con mi familia, en una palabra no existe ninguna cosa que me atañe y de la cual te escribo sin que tú me respondas con indicaciones y consejos. ¡Esto es realmente demasiado aburrido! Y más aún porque es unilateral, porque tú no me das material para críticas ni consejos, ni yo tengo ganas ni la mala costumbre de dártelos. Si acaso te indico algo, tú no piensas en hacerme caso. ¿Qué sentido tiene, por ejemplo, tu estocada en la tarjeta postal de ayer? "Frente a tus tareas en el movimiento alemán y en la actividad literaria y también en la propia casa, todo va de mal en peor, espiritual y políticamente..."

Mucho más interesante sería si me escribieras lo que pensaste para ti "respecto a las tareas" y lo que lees allí donde estás, para no ir de mal en peor. Teniendo en cuenta el espíritu y el

contenido de tus cartas temo que en Zurich te amenaza mucho más esta perspectiva que a mí en Berlín. ¡Qué idea más absurda tratar de salvarme, cada tantas semanas, de ir de mal en peor!

Todo tiene su origen en tu vieja y mala costumbre que se hizo notar en Zurich desde el principio y que ha echado a perder nuestra vida en común. Es tu mala costumbre de hacer de mentor, que te has asignado tú mismo y en la que pretendes aleccionarme y asumir el papel de educador. Tus actuales consejos y críticas en relación a mis “actividades” aquí, van mucho más allá de los límites de los consejos y aco- taciones de un buen amigo, para convertirse en una sistemática prédica. Realmente sólo puedo encogerme de hombros y evitar más tarde referirme en mis cartas a todo aquello que no sea imprescindible, con tal de no provo- car tus insípidos consejos. ¿Qué valor pueden tener para mí tus moralejas si generalmente dependen de tu estado anímico? Una pequeña demostración de ello: la semana pasada yo me

quejé en una carta que contra mi voluntad me enredé en una amistad personal con K.K. (Karl Kautsky). Tu respuesta fue que te alegrabas por mí, por tal amistad. Luego _en la última carta te explayas largamente en relación a la visita a la casa de K.K., que no te describí para que hicieras un “juicio político” acerca de lo superficial y pernicioso de entablar una amistad con K.K., etc. ¿Cómo se concilia lo uno con lo otro? Sencillamente, la primera vez estabas de buen humor y la segunda de mal humor y de inmediato viste todo negro y yo debía ser preservada de ir “de mal en peor”, etc. En general, aprecio sólo aquellos consejos y principios que el consejero aplica para sí mismo. Por lo tanto, si tú me haces observaciones sería bueno que éstas fuesen acompañadas con informaciones acerca de tu comportamiento al respecto (por ejemplo, acerca de los progresos de tu doctorado, el sistemático trabajo intelectual, la suscripción y la lectura de diarios “lugareños”, etc., etc.).

¿Ves cómo te hice un lavado de cerebro? El cántaro va tanto a la fuente que al final se

rompe, siempre una gota desborda el vaso, no metas el dedo en el ventilador, la sartén le dice a la olla no me tiznes y aún podría agregar muchos genuinos refranes polacos pero temo que tú seas incapaz de interpretar este polaco tan puro. Por lo tanto agrego solo uno, que ha compuesto el Sr. Jovialski: cuanto más viejo el gato, más dura se le pone la cola... Dejo por cuenta de tu agudeza todas las conclusiones que puedas extraer, porque como se dice entre nosotros en Polonia, cuando suena el cencerro hasta el cordero se aviva.

Ahora, algunos temas para enjuiciar:

1) Anoche cenaron en mi casa Sch(oenlank) y los tres Kautsky; Sch(oenlank) se fue a las diez (a la estación para viajar). Los K(autsky) estuvieron hasta las doce y quince.

2) El juicio sobre la Srta. Zastrabska te lo envié en la primera carta de Beuthen. Lo recibí poco antes de mi partida. Lo llevé conmigo y lo agregué a la carta del 27 que desgraciadamente se perdió. El juicio era muy halagüeño. Se trata

de una joven que promete mucho que ya actuó algunas veces en conciertos del Conservatorio de Leipzig.

3) Aprovecho a enviarte la “Gazeta Robotnicza” con la crónica acerca de mi discurso, que recién recibí hoy. Desde luego, no asumo responsabilidad por la crónica. Estas habladurías son obra de Marek. Por eso sería ridículo enviar observaciones a “Gazeta Robotnicza”, porque allí no hay afirmaciones falsas, sino que en general se escriben habladurías ingenuas, como lo saben sus lectores por experiencia propia.

4) Tengo el propósito de hacerme cargo del trabajo de Cunow⁶ en lo de K.K. Este quiere deshacerse de él. Muy poco trabajo y un ingreso permanente. Los artículos se pagan aparte. Desde luego, lo haría por el dinero, es decir, por mi padre. A K.K. no le dije nada de esto, pues recién ayer se me ocurrió. ¿Tienes algo en contra? Escríbeme en seguida.

Te abraza cordialmente,

Tu Rosa

Friedenau, 29 de marzo de 1900.

¡Mi querido! Regresé tan agotada de Pozen que recién hoy estoy en condiciones de tomar la pluma.

Responderé muy brevemente tu carta. Al principio, luego de leer tu carta sentí las mismas de antes de exponer todo el asunto, la historia de mi estadía, la causa de mi rápida partida, etc.,. Ahora me doy cuenta que esto lo hago desde hace 8 años sin resultado alguno. Por lo tanto, dejaré de hacerlo. Te escribiré sólo aquello que tiene relación con intenciones futuras y con hechos.

Tu carta me ha aclarado que tu traslado a Berlín se demora no porque exista alguna causa que yo no puedo adivinar, sino por la falta de ganas y escaso afecto de tu parte. En mi opinión, es falta de valentía interna mantener una relación matrimonial con alguien estando separados o a través de visitas ocasionales, cuando ya no existe motivo para tal relación.

Berlín como lugar de residencia no desempeña ningún papel, si tú no sientes en ti mismo las ganas y el sentido del traslado. Por lo tanto, no existe ninguna posibilidad de que vivamos como antes, ni ocasionalmente en Zurich, ni que mantengamos correspondencia.

En vista de todo lo que escribes, tu propuesta de ir especialmente a Zurich para despertar en tí las ganas de trasladarte a Berlín suena tan extraña que no entiendo cómo no te has dado cuenta de ello. Quizás tampoco comprendes eso. No obstante, yo no te lo puedo explicar. Te aseguro que no he de pisar Zurich ni ningún otro lugar para encontrarme contigo...

Si has de sentir suficiente impulso para radicarte aquí conmigo, es después de todo asunto tuyo, en el cual yo de ninguna manera puedo ni quiero inmiscuirme. Tampoco a través de mi correspondencia.

Respecto a mi salud, te informaré en caso de una enfermedad seria y si me faltaran medios financieros. En casos graves me dirigiré a ti.

(N.B.: regresando de Zurich el día 15 y luego el viaje a Pozen, mis ingresos de este mes alcanzaron sólo para la mitad de lo necesario. Si puedes, envíame el 1º unos 50 marcos).

Sólo una acotación, mi decisión de no escribirte hasta que vengas, no es como tú piensas, ni un acto de venganza ni de boycott. Es el simple deseo de salir al fin de este círculo vicioso de adivinanzas, en el cual deambulo desde hace tanto tiempo.

tu R.



Rosa Luxemburgo conversando con Augusto Bebel y otros socialdemócratas, 1904

Friedenau, 3 de julio de 1900 (aprox).

¡Muy querido Dziudziu! ¡Cuánto te necesito!
¡Cuánto nos necesitamos! Verdaderamente
ninguna otra pareja tiene como nosotros la
posibilidad de ser el uno para el otro! Esto lo
siento a cada paso y hace más dolorosa para
mí nuestra separación. Nosotros “vivimos” ín-
timamente ligados, esto quiere decir que nos
transformamos, que crecemos, y como con-
secuencia surge una permanente separación
interna, un desequilibrio y falta de armonía en
nuestras almas.

Preciso realizar nuevamente una revisión
interior, restablecer el orden y la armonía. Por
lo tanto, nos ocupamos en forma permanente
de nosotros mismos tratando de no perder a
cada instante la medida general de las cosas.
En mi opinión es: hacer en la vida algo útil, ex-
teriorizar la acción positiva y el trabajo creativo,
en pocas palabras, no hundirse en el consumo
y la asimilación espiritual. Para ello es preciso

el control de otra persona cercana, que todo lo entiende pero que está ubicada más allá del “yo” que busca la armonía. Dudo que tú comprendas algo de esto, porque se asemeja a una serie de signos algebraicos.

Sin embargo, éste ya es el centésimo eslabón de la cadena de pensamientos y sentimientos que ha despertado en mí un acontecimiento muy doloroso.

La honorable redacción del “Leipziger Volkszeitung” me devolvió un artículo (de contenido nimio acerca de la guerra en China) con un cortés agregado que pone fin a mi colaboración en el periódico.

Que ello se produciría tarde o temprano, lo sabía desde el momento en que se cortaron nuestras relaciones personales dado que conozco bien a Sch(oenlank). Seguramente, el desencadenante fue la larga interrupción de mi trabajo, que les había explicado era a causa de mi enfermedad. Para mí era claro que las relaciones con la redacción, en estas condi-

ciones, serían de poca duración. No hubiese conseguido lograr la publicación de algo que expresara una orientación.

Como ejemplo, está aquel artículo acerca de la obstrucción que era mucho más tibio e incoloro que mi primera versión enviada al “Leipziger Volkszeitung”. El hecho consumado me dolió mucho. Tú mismo has de valorar esto si bien exagerarás a causa de tu pesimismo. Además del aspecto político se plantea el aspecto material: ¿cómo y dónde ganar algo?! No perdamos la cabeza ni la sangre fría. Hay mayores accidentes en la vida y en el trabajo político.

Te beso cien veces,
tu R.



Rosa Luxemburgo, Stuttgart, 1912

Friedenau, 17 de julio de 1900.

¡Queridísimo y único Dziodzio!

Antes que nada ¡mis sinceras felicitaciones! Todo el tiempo tuve la esperanza que festejaríamos el día de mañana, juntos y aquí, con un alegre y pequeño brindis o un agradable reencuentro. Mientras tanto debo conformarme con una carta. Tú tendrás que trabajar todo el día en una conferencia y antes de darte cuenta el día se habrá ido. En el ínterin llegué a la conclusión que, al igual que todo el mundo, uno debe celebrar fiestas y feriados, porque ellos son momentos agradables en medio del trabajo rutinario. El ser humano recién entonces siente que realmente vive. Nosotros, ni una sola vez, hemos tenido “tiempo” porque tuvimos que pensar en otras cosas, en vez de un festejo conjunto. (Tú, pícaro, has de reírte irónicamente y agregar que ello solo incumbe a tus cumpleaños. Pero eso no es verdad, porque nunca celebramos nada en común). Verás que

éste es tu último cumpleaños al “viejo estilo”. De ahora en adelante hemos de vivir “al nuevo estilo”, es decir, como todo el mundo.

No, viviremos mejor que “todos”, porque siento que tenemos una mayor riqueza espiritual que la mayoría de la gente. Sueño, por ejemplo, entre otras cosas, que en los momentos libres nos podamos dedicar al estudio de historia del arte que me atrae poderosamente en los últimos tiempos. Eso sería un placer, ¿no es así? Una vez terminado el trabajo serio ¡leer juntos la historia del arte, visitar galerías y concurrir a la ópera!

¡Adorado! ¡Cuánta alegría me causó tu última carta! Es difícil expresarla en palabras. La he leído una infinidad de veces. Me parece que ahora podemos, tranquilamente, encarar el futuro de nuestra vida en común, porque ya tenemos todas las condiciones para ser felices.

¡Pequeño! Mi carta de hoy será corta. ¿Sabes por qué? Porque tengo apuro para copiar tu conferencia que recibí ayer. Más allá de la co-

pia, ello no me causa ningún trabajo, porque el idioma como el contenido son intachables. ¿Para qué transcribirla? No lo entiendo. Tu letra es más que correcta para una conferencia pero dado que tú evidentemente lo quieres, te haré mis correcciones. De cualquier manera quisiera enviártela hoy, por eso me apuro. Esta es la causa, Dziodziuchnia, de que finalice esta carta. Te beso en la boca. ¡Escribe!

tu R.

Olvidé una cosa importante: Clara (Zetkin) me acaba de escribir que a fin de mes se ausentará un tiempo de Stuttgart. Si no le envías inmediatamente los papeles de Gustav Lübeck) no se podrá hacer la inscripción. Las cosas se estirarán por unos meses. Por Dios, ¿jamás tendrá fin este problema?!

Friedenau, 17 de setiembre de 1905.

¡Querido! Acabo de mandarte un telegrama urgente. ¡Dios sabe cuándo lo recibirás! Hoy de mañana, cuando encontré debajo de la puerta tu telegrama del día de ayer, casi me mordí de rabia. A ello hay que agregar que el cartero no tocó el timbre, sino que pasó el telegrama debajo de la puerta y yo lo encontré recién a las 9 de la mañana. (La mujer no volvió hoy. La semana finalizó ayer y recién volverá la semana próxima).

¡Querido mío, amado! ¿Para qué estas torturas? Ahora solo debemos pensar con valentía en el trabajo, en la obra. Tú y yo y todos necesitamos tranquilidad. He tomado las decisiones sin vacilar como te lo he comunicado hoy telegráficamente. Por lo tanto puedes estar tranquilo y ¡piensa sólo en el futuro! En el último tiempo, incluso ayer, pasé por terribles torturas, pero a su vez siento en mí el germen de la tranquilidad y la calma. Cuando llegó W(itold) ya sabía que la decisión

había sido tomada y no intentó en ningún momento hacerme cambiar mi opinión. Él quiere trasladarse definitivamente a Kr(akau). Debemos impedirlo. Haz todo lo que puedas en este sentido.

Durante todo el día de ayer, intenté en reiteradas oportunidades escribirte unas líneas pero los Kautsky se dieron cuenta cuando los visité a mediodía que tú ya no estabas aquí. Desde la mañana de ayer empezó el trajín. Él y ella, los niños, el Sr. y la Sra. Wurm cada uno por separado, además el otro alemán de Lodz. A ello se agrega la corrida a casa de la lavandera, etc. Más adelante W(itold). Y a todo ello, terribles dolores por estar indispuesta.

Luise (Kautsky) viene a las dos a buscarme, para ir juntas. De Clara (Zetkin) ya recibí carta. Vamos a vivir todos, incluso los Kautsky, en el Hotel Kaiserhof. Escribe allí todos los días, al menos algunas palabras con el correo de la mañana y de la tarde, porque durante el día no sé si estaré.

Aquella vez, en la estación, vislumbré durante largo rato tu ventana iluminada, hasta que el tren tomó la curva. Yo me había puesto intencionalmente debajo de la luz de la linterna para que tú me pudieras ver. En los últimos instantes quise parecer mejor y más alegre pero no lo logré. ¡Tú tenías un aspecto horrible! Ahora debes tener un aspecto distinto. ¡No olvides! ¡Valiente, valiente Dziudzius! Lo más terrible ya pasó. Ahora sólo hay tranquilidad y trabajo intenso. ¡Cuánta necesidad tengo de descansar!

Seguramente, tú también.

Querido: responde con rapidez si ya estás más tranquilo. ¡Qué tortura, en medio de todo esto, con el artículo acerca de Kasprz(ak)! Querido, quédate tranquilo y de buen ánimo.

Te abrazo con cariño.

R.

Notas:

1 Mickiewicz, Adam. "Dziady". Los antepasados.

2 Idem nota 1.

3 Poema de Rosa Luxemburgo.

4 Alusión al aislamiento total.

5 Notas.

6 Heinrich Cunow era el redactor de la "Neue Zeit".

A Kostia Zetkin



Rosa Luxemburgo con Kostia Zetkin, 1907

Friedenau, 17 de setiembre de 1907.

¡Mi dulce amor!

Ayer, a las 7 de la tarde, acompañé al último visitante a la estación y corrí a casa para preguntar en el correo si había llegado una carta. ¡Qué bien me hubieran venido ayer unas líneas tuyas! Estaba terriblemente cansada y mi alma sedienta y embotada. Desgraciadamente llegué a las 8 en punto y el correo ya estaba cerrado. Recién hoy recibí tu carta de Munich.

Ahora puedes escribir directamente a mi dirección. Estoy sola. Leocadia se fue definitivamente, lejos y por mucho tiempo. Las cosas que aún quedan serán retiradas. Así se resolvió en presencia de la hermana.

De nuevo estoy sola, la casa está en orden y limpia, reina la tranquilidad y la lámpara verde está sobre la mesa. Espero que mis nervios se restablezcan pronto, especialmente mediante un trabajo disciplinado. Quise irme por una semana a descansar a la montaña y así se lo

escribí al gordo. Inmediatamente recibí una respuesta tan entusiasta que me dio miedo y desistí. Por esa causa me envió una carta breve y muy fría, comunicándome que se ausenta por varios meses de Berlín. No lo creo.

¡Me es muy difícil escribirte acerca de mis sentimientos! He mirado reiteradas veces tus fotos para tranquilizarme.

Ya llegan las hermosas tardes de otoño y el cielo se pone rojo oscuro con la puesta del sol. Pero aún el aire está claro, aunque en las calles ya se encienden las lamparillas eléctricas con su reflejo lila y rosa. Me gusta caminar a esa hora por las calles para soñar.

Mi pequeño y dulce amor, aún debes escribirme acerca de Lasalle y los otros. Te abrazo y apoyo tu querida cabecita sobre mi pecho y te beso hasta que tú te tranquilices. No debes escribirme en una fecha determinada sino cuando tengas ganas y sientas la necesidad de hacerlo. No te fuerces. No me enojaré contigo si escribes de vez en cuando. Si tú te sintieras

obligado a escribirme, sería terrible para mí. Es doloroso quemar tus cartas. Pero lo hago por tu tranquilidad y porque así lo quieres. Haz lo mismo con las mías.

Te beso en tu dulce boca.



Rosa Luxemburgo, en su hogar en Berlín-Steglitz, 1907

Friedenau, 5 de junio de 1908.

Me siento horrible, la depresión me aprieta tanto la garganta, que me ahogo. ¡Oh!, ver ahora a algún ser humano –no hay nadie– ¡Oh! tener ahora alas y volar hacia Niuniu– ¡oh!, nada de alas, solo disponer de un par de días libres y me iría hoy mismo en el tren nocturno para estar contigo mañana temprano. Pero nada de eso es posible.

¡Oh, esta opresión terrible en el cerebro y esta agitación en mi corazón! Pero ya sé qué hacer –me siento y le escribo a mi querido, a mi amado amigo, quien siempre me rodea con su amor, cuando la angustia me aprieta con sus garras. Dudu, corazón dulce consuelo mío, desde ayer viví momentos horribles. Muy temprano enviaron desde Varsovia, expresamente para verme, al abogado más importante en procesos políticos. Él y sus colegas me exhortan a poner a “Europa” de pie contra las atrocidades que reinan en los

juicios de guerra, en las cárceles y en las cámaras de tortura.

Él relataba y yo tomaba nota del material. Estuvimos desde las 10 de la mañana hasta las 7 de la noche, cuando tuvo que partir para poder presentarse hoy temprano en el juicio. Ambos lloramos durante el trabajo. Es cruel, cada día hay más ejecuciones. En las cárceles ocurren cosas que ponen los pelos de punta. ¡Puedes imaginarte cómo me sentí! Para colmo, sucedió lo siguiente, me contaba acerca de varios detenidos a quienes debía defender y entre ellos nombró a mi muchacho (sin sospecharlo).

Yo pregunté: -¿Y cómo le va?

- Oh, la cosa está muy mal.

- ¿Cómo?

- Sí, estuve en su casa.

Antes de viajar hacia aquí, me llamó el propio gendarme recalando que debía verlo “sin falta.” Y efectivamente en cuanto lo vi me asusté.

Estaba amarillo, tan venido a menos, que apenas podía permanecer sentado y hablaba tan bajo que tuve que poner mi oído casi sobre su boca. Creo que está tuberculoso y me fui a ver a su madre para comunicárselo.

Niuniu ¿puedes imaginarte cómo me sentí? Luego hubo que redactar el artículo y correr a telegrafiar esa noticia a los diarios y movilizar a la gente. No dormí en toda la noche y hoy corrí durante todo el día. Ahora estoy totalmente quebrada. ¡Oh, mi querido amigo, si pudiera verte ahora!

No viajaré el domingo, quizás el martes, así que escríbeme, no me dejes sin carta. Tu dulce carta de hoy fue un gran consuelo.

Querido Diudiu, no estés triste, permanece alegre mi queridito. Tal vez debiera ocultarte todo esto, pero no puedo fingir.

Ya asomó la luna. Y Venus. A través de ellos te saludo, amado mío (...)



Kostia Zetkin

Friedenau, 22 de agosto de 1908.

Dudu querido, hoy por primera vez salí a pintar la naturaleza. Viajé a Schlachtensee y ardía de impaciencia. Por Dios ¡cuántas dificultades! Sólo pude llevar una libreta de apuntes o sea, pintar sobre papel común y en el aire pues era imposible arrastrar el caballete. Entonces, en una mano el block de apuntes y la paleta y en la otra ¡el pincel! Además tenía que estar sentada (sobre un banco) y por lo tanto no podía retroceder, para apreciar el efecto. Tuve que pintar en formato pequeño pero siento la necesidad de empezar con cuadros grandes, si no el pincel no tiene ningún peso. Para peor apenas pude dibujar durante una hora. Luego vino gente y tuve que irme.

Pero basta de mostrar mi desconsuelo. Además, el agua del lago cambiaba a cada momento y también el cielo (hoy hay una tormenta). Al regreso a casa estaba a punto de llorar. Pero aprendí algo más. No tengo idea

de cómo superar estas dificultades ¿cómo llevar el caballete y por lo menos una cartulina más grande? Ah Dudu, podría vivir dos años solo entregada a la pintura. Me absorbería. No estudiaría con ningún pintor, ni preguntaría a nadie. Sólo aprender pintando y ¡preguntándote! Pero esos son sueños alocados, no puedo hacerlo, pues mi lamentable pintura no le sirve ni a los perros y mis artículos sí los necesita la gente. El cuadrito que hice hoy te lo mandaré mañana, pues creo que ya estará seco. Y esta vez ¡tiemblo que te desilusione! Pero debes ser severo y honrado contigo mismo y conmigo. De lo contrario estaría muy mal, ¡pues sólo escucho tu opinión!

Dudu, me voy al correo con la esperanza de encontrar algo.

Niuniu, me es imposible escribir todo lo que me sucede y que me gustaría compartir contigo. Mis nervios están muy tensos. De noche, por la tensión apenas logro dormir unas horas, y en el día los estados de ánimo, esperanzas

y desalientos, se suceden unos a otros y me persiguen como nubes en el cielo.

¡Dudu!

Beso la cabecita y las mejillas del dulce gatito. No estoy celosa, también quiero al inocente bichito. El clavel de ayer está lindísimo, lo tengo en agua.



Kostia Zetkin

Friedenau, 28 de setiembre de 1908.

Niuniu, dulce amado. Hoy me desperté con tal nostalgia que quise telegrafarte algo solo para ponerme en contacto contigo. Pero tuve temor de asustarte. Hubiera deseado telegrafarte para que vengas por una semana. Podríamos pasar todo el día juntos sin problemas, aunque no en mi casa. Dudu, no puedo soportar que permanezcamos separados.

Ayer estuve de nuevo junto con los dos Hans: H(ans) K(autsky) interpretó casi íntegro el “Fígaro”, así como la Sonata del Claro de Luna y la Patética.

Niuniu, te envío dos dibujos, pero no te burles de mí, ¿sí? Devuélvemelos enseguida, pues los quiere Hannes (Diefenbach). Ayer apareció la luna nueva, nuestra luna. Ah, de qué me sirve, es a ti a quien quiero ver y no a la luna. Mi Niuniu, tú eres mi alegría.

Debo trabajar. Me lo digo a mí misma. Pero me voy al correo a retirar una dulce carta. Ah, Niuniu, tampoco las cartas ayudan mucho. Lo que quiero es besarte.

Friedenau, 28 de enero de 1909.

Dudu, amado, hoy cuando iba a la escuela tuve que avanzar en medio de la oscuridad. La luz del día no quiso aparecer y el ocaso muy pronto se convirtió en noche. Tampoco hoy hubo ningún Niuniu con cara enojada y pálida esperándome en la esquina. Luego de la cansadora lección, también faltó el café caliente y aromático. De tarde dormí nuevamente dos horas y me desperté con el corazón oprimido. Ahora voy al correo a esperar algo muy lindo.

Querido, descansa y no te esfuerces demasiado por favor. Te beso mi dulce corazón.

Estoy leyendo un libro acerca de la historia del cristianismo. Pero tuve que dejarlo, porque me causó gran confusión.



Escuela de militantes

Friedenau, 2 de setiembre de 1909 (aprox).

Te escribí ayer. Hoy lo hago de nuevo por un asunto muy importante. Schulz me comunicó que te había pedido personalmente que te hagas cargo de la historia del socialismo en la escuela del Partido. No se puede saber si el Consejo de Profesores y los dirigentes del Partido darán su consentimiento a este plan pero es muy probable. Yo quisiera aconsejarte con la mayor energía: ¡acepta!

Conozco todas tus dudas y resistencias. Por un lado, se te ofrece la posibilidad de vivir seis meses en Berlín, lo que para ti significa un asunto superado y horroroso. Segundo, sientes que no estás preparado. Tercero, no puedes imaginarte subir al pupitre y dar la clase. Todo lo comprendo y sin embargo te aconsejo, ¡acepta!

En lo que tiene que ver con Berlín, no puedes vivir eternamente en Sillenbuch. De vez en cuando, debes vivir en una ciudad y Berlín como

tal, no será tan terrible para ti si allí tienes una tarea y una ocupación.

En cuanto a la preparación, por ahora tendrás sólo una clase por semana, de manera que dispones de una semana entera para prepararte. Como eres un lector rápido y aplicado, te alcanza para leer todo el material disponible. Además, suponiendo que la primera vez tu curso no sea ideal seguramente de año en año aprenderás a dominar la materia, tal como me sucedió a mí. Se aprende rápido y bien enseñando a otros. Sólo tienes unas veinte clases, debes darlas muy sucintamente, ateniéndote principalmente a los hechos y acontecimientos más importantes. De ninguna manera, por ahora, podrías introducir a los grandes filósofos de los cuales hemos hablado el año pasado.

En lo referente a la exposición, seguramente no lo harás peor que Mehring, Wurm, Cunow, Stadthagen y los otros y con el tiempo y la práctica lo harás mejor, tal vez de manera sobresaliente. Hay que probar y acostumbrarse.

Yo tampoco sabía cómo iba a resultar mi primera clase.

Piensa que te liberas de una existencia penosa, conquistas tu independencia material, tendrás una posición y podrás mirar con orgullo a aquellos que se rompen la cabeza pensando “qué será de Kostia.” Y por último, para tu madre será una gran alegría, liberándola de una preocupación permanente. Te demostrarás a ti mismo que eres capaz, ganando en alegría y en confianza sobre tu capacidad.

Te ruego que aceptes. Todo lo demás se verá. Pienso que debería atraerte lo desconocido. Por mi parte, yo siempre obtuve mis puestos de esta manera, como redactora del órgano del Partido Polaco en Zurich, más tarde como “jefe” en la “Sächsische (Arbeiter-Zeitung)”, luego en el “Vorwärts” y por último en la escuela del Partido. Y todo marchó bien. Estoy segura que también en tu caso será así. No tengas miedo. Si la cosa se convierte en carga, te queda el recurso de renunciar en marzo.

Acepta la prueba y verás que todo marchará. Por favor, ¡responde que sí! Permanece tranquilo y alegre más allá de lo que resueles. Yo estaré conforme con tal que tú estés contento.

Friedenau, 24 de setiembre de 1909.

¡Mi querido y pequeño Kostia!

Tus líneas me causaron dolor. ¡Estás tan deprimido por “no hacer nada”! En la escuela se te ofrece una brillante oportunidad de cambiar esta situación. Comprendo que no hayas aceptado este año. Pero si te propusieras prepararte en forma planificada para el año próximo —estoy segura que el puesto quedará vacante— se liquidaría tu “no hacer nada”. En la reunión del lunes sabré si no hay otro candidato, entonces ¿conversaremos seriamente y haremos un plan para tu preparación? Dispondrás exactamente de un año y con tu aplicación y tus conocimientos, rendirás bien. Por lo tanto, ¡no te pongas triste! Si lo logramos, saldrás de golpe de la miseria material y espiritual. ¿No es así, mi pequeño? Alégrate, ¡te lo ruego! ¡Me duele mucho cuando estás triste!

Dortmund, Hotel Kaiserhof,
12 de abril de 1910.

Pequeño Niuniu. Pasado mañana es el día de tu cumpleaños y ya quiero escribirte para que tengas estas líneas en la mañana del 14. Espero que también recibas el “saludo floral” y que los libritos se encuentren entre tus regalos. Me puedo imaginar muy bien la mesa en vuestro salón de música cubierta con cosas lindas y el sol que se asoma. Seguro el maestro se hará presente con música y todos estarán sentados en los sillones. Espero que el pequeño de la familia esté sano y alegre y luzca hermoso como el año pasado, cuando pude estar allí. Por favor, tienes que estar alegre y feliz. Es mi único deseo. Hoy pude ver castaños con las primeras hojas grandes en un jardín en Düsseldorf. También vuestro jardín y el bosque se han vuelto verdes y ya brillan las flores amarillas en los arbustos. Me alegro muchísimo que, según me escribes, Mimí y tú

se encuentren mejor. Aquí hace tanto calor que ando con una blusa de seda y sombrero de paja. Pronto mi Niuniu podrá tomar sol en el jardín. Supongo que aún no habrá abejorros. Estoy triste porque no ha llegado aún un libro que encargué para ti: “Elementos de geología”. Me dijeron que estaba por aparecer una nueva edición. Mandé buscar un ejemplar pero dudo del éxito.

Cuéntame cómo festejaste tu cumpleaños. Yo estoy bien. Me mandé hacer una nueva falda negra y una blusa de seda negra para el viaje. Las uso con un sombrero de paja y guantes nuevos. En la estación compré un “Secolo” y disfruto del idioma.

Tengo mucho que decirte acerca de mi viaje y pienso permanentemente que debes trabajar para sentirte seguro. Nosotros lo necesitamos, hay poca gente que piense tan clara y agudamente como tú.

Niuniu, pequeño muchacho. Permanece alegre y con ánimo y dale un beso a Mimí de mi

parte. En este año me has regalado un hermoso cumpleaños. Quisiera que tú también festejes bien el tuyo.

Corazoncito, te abraza y te besa,

Niunia

Hasta el 17 puedes escribirme aquí y luego a Frankfurt.

Friedenau, 5 de noviembre de 1910.

¡Juju, querido! Hoy de mañana, cuando caminaba hacia la escuela, estando aún oscuro, el cartero me entregó tu cartita. Tu saludo matinal me causó una gran alegría.

Estoy muy contenta. Afuera reina un tiempo horrible. Caen grandes copos de nieve, el viento aúlla, las calles están mojadas y sucias y oscurece. Miro a través de la ventana y me siento muy bien en mi cálida y tranquila habitación. Mimí también mira conmigo a través de la ventana y ronronea. Empiezo a trabajar. Hoy de mañana me bañé.

Niuniu, ¡alégrate! ¡Ojalá no fueras un pequeño tan inútil y además del trabajo en la redacción, te dedicaras a modelar! En algunos meses tendrías tanta confianza en ti mismo, que podrías abandonar el trabajo en la redacción y dedicarte por entero a modelar. Piensa que si durante un año te dedicaras

seriamente a modelar podrías rendir mucho ¡y encontrar tu camino! ¡Oh, Niuniu, eres un muchacho tonto porque te torturas y no ves dónde está tu vocación!

Otra vez Mimí recibió una paliza. Se portó mal. Cuando yo estaba parada en el balcón mirando hacia afuera con las manos en la espalda, ella se acercó sigilosamente y me mordió la mano con tal fuerza que grité. ¡Y aun me miró con atrevimiento! ¿No se merecía acaso, una paliza? Ahora está sana, alegre y su pelo muy blanco.

Ciccotti es realmente malo.

Juju, Mimí y yo te besamos.

Berlín – Südende, 26 de abril de 1912.

¡Juju querido! La situación de mi trabajo es la siguiente, naturalmente no lo he terminado. Será un libro de 25 pliegos (400 páginas) y todavía necesito todo el mes de mayo para finalizarlo. Pero creo que esto no es un obstáculo para que tú vengas ahora. Niuniu, ¿no estarás en contra que yo trabaje algunas horas diarias? Aquí no se puede pasear todos los días por las calles. También quiero leer con mi Niuniu lo ya escrito. Lo único que me molesta es que los polacos no empiecen. Es absolutamente dudoso. Pero yo pienso que nosotros no lo tengamos en cuenta y tú vengas aquí. Nadie nos molestará y en Südende estoy al margen de sorpresas.

Otra cosa, mi madre escribe que llegará el 6 o 7 de mayo y se quedará una semana. ¿No será un obstáculo para tu venida? Naturalmente, tengo bastante sitio para ambos. Pero

no sé si esto marchará a causa de la “igualdad”. Pero tú deberías preparar algo para la “igualdad”; y en definitiva quedarte aquí. Escríbeme enseguida cómo ves el asunto y cuándo llegas. ¡Desde ya lo disfruto!

Cuando Niuniu esté aquí, intentaremos llevar a Mimí al campo, atada con una cintita. Sola no me animo con esta salvaje.

También iremos a exposiciones y museos, y al teatro. Jujuka, querido, ambas te besan.

N. y M.

La muchacha se va el 1º y estaremos completamente solos.

Weisenbach, (Murgtal), 15 de agosto de 1912.

Me duele muchísimo escribírtelo, pero ¿qué puedo hacer?

Debo decirte que tu manera de ser me ha causado últimamente un gran dolor. Ayer por ejemplo luego de haberte escuchado sufrí terriblemente. No te hago el más mínimo reproche. No quiero inmiscuirme en tu vida privada que te pertenece sólo a ti.

Yo no veo en ella ningún lugar para mí. Simplemente no puedo soportar la falta de sinceridad y claridad en tus relaciones conmigo. Por lo tanto, ¡adiós! Solo quisiera agregar que he amado mucho a Niuniu. Era mi pequeño muchacho, ardiente, extraordinariamente sensible y suave. Si tú lo encuentras alguna vez en el país donde lo secuestraron puedes decírselo.

R.

Diré a la pequeña Mimí que quedamos solas y la besaré de tu parte.

A Paul Levi



Berlín, Südende, 23 de marzo de 1914 (aprox).

¿Por qué no viniste a Nürnberg? ¿Por qué no encontré carta tuya? ¿Cómo estás tú? ¿Cuándo te veré? ¡Envíame un telegrama!

En Munich, la cosa fue avasallante, más grandiosa que en Karlsruhe.



Rosa Luxemburgo con su abogado Dr. Paul Levi (izq.) y el Dr. Kurt Rosenfeld, delante del Juzgado en Berlín-Moabit, 1914.

Berlín, Südende, abril de 1914.

Tu carta del domingo, suave y dulce como trino de mirlo, me acompaña día y noche. Ayer y hoy tuve unos apuros terribles. ¿Cómo está tu garganta? ¿Estuviste el domingo en Jugenheim? El 1º de mayo hablaré a las 5 y media de la mañana, en un gran mitín de los empleados de bares. Me conmovió profundamente que esta pobre gente deba festejar a una hora tan temprana. Aquí disfrutaremos hermosos y frescos días de sol. Ojalá mañana de mañana pueda dar un paseo por el campo.

¡Amor! Solo habrá paz cuando estemos juntos de nuevo.



Rosa Luxemburgo, 1912

Berlín, Südende, mayo de 1914.

¡Amado! La falta de tus noticias me dejaron melancólica. ¡Recién hoy de mañana llegó tu carta! Estaba a punto de tomar decisiones erróneas...

Aquí Rosenfeld y otros piensan que podría ser detenida de un momento a otro y que por ahora renuncie a hablar en asambleas. Lo hago por mis polacos, hasta el encuentro en Viena. Para las Pascuas te visitaré, suponiendo que aún esté libre.

La dirección del Partido y la fracción están furiosos conmigo y la cosa les ha parecido fatal. Schulz me lanzó una filípica por mi actitud irresponsable. La dirección del Partido me trató como a una criminal. Después, me sentí tan mal que Rosenfeld tuvo gran trabajo para reanimarme.

¡Si pudiera verte ahora!

Berlín, Südende, julio de 1914.

Querido, ¡cuánto me alegro que finalmente disfrutaras de un hermoso día y una agradable noche! Rosenfeld me comunicó hoy que fueron rechazadas por “improcedentes” nuestras peticiones (reclamar las actas de los Tribunales Militares). Es una señal del rumbo que toman las cosas.

Hasta ahora se anotaron muy pocos testigos y mucho menos de Berlín. Pienso en ti y a veces estoy tan conmovida, que los ojos se me llenan de lágrimas.

¡Querido!

A Hans Diefenbach



Wronke, 23 de junio de 1917,
(desde la cárcel).

Hänschen, buenos días, aquí estoy de nuevo. Hoy me siento tan aislada que quiero reanimarme un poco conversando con Vd. Hoy después del mediodía estaba leyendo diarios recostada en el sofá. El médico quiere que duerma la siesta a las dos y media, decidí que era hora de levantarme. Un segundo después me quedé dormida sin darme cuenta y tuve un sueño maravilloso, de contenido indefinido pero muy vivaz. Sólo recuerdo que alguien muy querido estaba junto a mí, le pasé el dedo por los labios y pregunté -"¿de quién es esta boca?"

El aludido contestó -"es mía". "¡Ah, no!", grité riéndome, "¡esta boca me pertenece!". Tanta risa por esa locura, me despertó y miré el reloj. Todavía eran las dos y media. Mi largo sueño había durado sólo un segundo, dejándome la sensación de una simpática

vivencia. Más tranquila, volví al jardín. Allí tendría sorpresivamente otra hermosa vivencia, un petirrojo se sentó en el muro detrás de mí, deleitándose con su canto.

Casi todos los pájaros están ocupados en asuntos familiares, sólo de vez en cuando se oye un breve canto. Así sucedió hoy de repente con el petirrojo que me visitó un par de veces a principios de mayo. Yo no sé si Vd. conoce algo más acerca de este pajarito y de su canto. Aquí, como a tantas otras cosas, lo he conocido bien y lo quiero incomparablemente más que al famoso ruiseñor. El canto sonoro del ruiseñor me suena demasiado a primadonna, que recuerda demasiado al público y sus triunfos altisonantes, himnos seductores. El petirrojo tiene una pequeña y suave vocecita que canta una extraña e íntima melodía que suena como un preludio, cual un trozo de la diana matutina. ¿Conoce Vd. el sonido lejano de las trompetas liberadoras en la escena de la cárcel en el “Fidelio”, que por decirlo de alguna manera se ha escurrido de la noche?

Así suena la canción del petirrojo cantada en tono suave y trémulo de infinita dulzura que suena veladamente como el recuerdo de un sueño perdido.

Mi corazón literalmente se estremece cuando escucho ese canto e inmediatamente veo mi vida y el mundo bajo otra luz igual que al disfumarse las nubes, cayendo sobre la tierra un claro resplandor del sol. Hoy mi pecho sintió suavidad y ternura gracias a ese pequeño trino suave sobre el muro, que no duró más de medio minuto. Me arrepentí enseguida de todo daño que hubiera podido ocasionar a cualquier ser humano, de todos los pensamientos y sentimientos ásperos y decidí una vez más ser buena, simplemente buena, a cualquier precio. Es mejor que “tener razón” y contabilizar cada pequeño agravio. Decidí escribirle hoy de inmediato, pese a que desde ayer tengo una pizarrita sobre la mesa, con siete reglas que me regirán en adelante. La primera establece: “No escribir cartas.” Ya ve como cumplo mis “férreas” reglas, ¡tan débil soy!

Si a Vd., tal como escribe en su última carta, le gusta sobre todo la fuerza en el sexo femenino cuando se muestran débiles, entonces estará encantado conmigo: ¡Soy, ay, tan débil, mucho más de lo que quisiera!

Por otra parte, su boca de niño dijo una verdad mayor de lo que Vd. se imagina. Lo que pude constatar recientemente de la manera más cómica. ¿Vd., con seguridad conoció en el Congreso de Copenhague a Camille Huysmans, aquél muchacho alto con rulos oscuros y el rostro típico flamenco? Ahora es el jefe de la Conferencia de Estocolmo. Durante diez años pertenecimos ambos al Buró Internacional y durante diez años nos odiamos mutuamente. Si mi “corazón de paloma” (la expresión es de Heinrich Schulz, Diputado del Reichstag) fuera capaz de semejante sentimiento. ¿Por qué? Es difícil determinarlo. Yo creo que él no puede soportar a las mujeres políticas y a mí me ponía los nervios de punta su gesto impertinente.

Sucedió entonces que en la última sesión en Bruselas que se realizó a fines de julio de 1914

(cuando era inminente el estallido de la guerra) al finalizar estuvimos juntos durante varias horas. Estábamos en un elegante restorán y yo me encontraba sentada directamente ante un ramo de gladiolos, colocado sobre la mesa.

Me sumergí en su contemplación y no participé en la conversación política. Luego se habló de mi partida, salió a luz mi desamparo en “cuestiones terrenales”, mi eterna necesidad de un tutor que me compre el pasaje, me ubique en el tren correspondiente, junte mis guantes dispersos, en pocas palabras, toda mi vergonzante debilidad, que a Vd. le divierte tanto. Durante todo el tiempo, Huysmans me observaba en silencio y el odio que había durado diez años se transformó en una hora, en floreciente amistad. ¡Era para la risa! Por fin me había visto débil y estaba en su elemento. Tomó entonces mi destino en sus manos. Junto con el cautivante valón Anseelé me arrastró a su casa para cenar, me trajo un gatito, interpretó y cantó para mí a Mozart y Schubert.

Poseía un buen piano y hermosa voz de tenor y fue para él una revelación que la cultura musical fuese para mí tan vital. En particular fue hermosa su “Fronteras de la humanidad”, de Schubert. Los versos finales “Y con nosotros juegan nubes y vientos”, los interpretó un par de veces con su graciosa pronunciación flamenca –con la L profunda en la garganta–, algo así como “Wouken” (1) con profunda emoción. Luego me llevó hasta la estación, cargó personalmente mi equipaje, se sentó conmigo en el compartimiento y resolvió de pronto: ¡Pero es imposible dejar que viaje sola! Como si en verdad, yo fuera una lactante.

Apenas pude convencerlo que no me acompañara hasta la frontera alemana. Recién saltó del tren cuando se puso en marcha, gritando: ¡Hasta la vista en París!. En efecto, en dos semanas debía realizarse un congreso en París. Esto sucedió el 31 de julio. Pero cuando mi tren arribaba a Berlín, ya la movilización estaba en plena marcha y dos días después fue ocupada la querida Bélgica del pobre Huysmans. “Y con

nosotros juegan nubes y vientos”, tuve que repetirme a mí misma.

Dentro de dos semanas se cumple un año de mi prisión –y si se hace abstracción de un breve intervalo– serían dos años completos.

¡Ah, qué bien me haría ahora, una horita de conversación intrascendente! Durante las visitas, se habla naturalmente de apuro y de asuntos relacionados con el proceso, y estoy sentada como sobre brasas. Aparte de eso no veo ni escucho un alma.

Ahora son las nueve de la noche, pero está claro como de día. En mi derredor reina una tranquilidad tal que puedo escuchar el tic-tac del reloj y el ladrido lejano de un perro. ¡Qué sensación tan nostálgica, cuando de noche se escucha en el campo el lejano ladrido de un perro, ¿no es así? Enseguida me imagino una cómoda casa campesina, un hombre en mangas de camisa parado en la puerta de entrada, que conversa con su vieja vecina y fuma su

pipa. Del interior de la casa llegan voces de niños y ruidos de platos y afuera, el olor de los cereales maduros y el débil croar de las ranas...

Adiós, Hänschen.

R.

(1) La palabra alemana “Wolken” (nubes) pronunciada con acento flamenco suena “wouken” (N. del T.).

Wronke, 29 de junio de 1917.

¡Buenos días, Hänschen!

Bien, para hacerle un favor borro la primera de las siete reglas de mi vida. Las seis restantes son muy razonables y seguramente han de recibir su aplauso. Que Gerlach me quiera cambiar nada menos que por un mariscal de campo es conmovedor. Su carta por otro lado, suena muy bien. Parece que se agrandó en la guerra y yo me alegraré de volver a saludarlo aquí. ¿Cuándo será posible?...

Todas las tardes, en algún lugar de la vecindad alguien comienza a golpear una alfombra o algo parecido, lo escucho cuando estoy sentada delante de mi ventana enrejada, con las piernas apoyadas sobre una silla, para tomar aire fresco y soñar. No tengo la más mínima idea de quién se trata ni dónde está. Cada día se repite regularmente y ya establecí una relación íntima con él. Despierta en mí alguna idea vaga del quehacer doméstico, de una pequeña casa

en la cual todo brilla de puro limpio. Quizás es de uno de los funcionarios, que recién tarde en la noche tiene tiempo de arreglar su minúscula vivienda. O una mujer soltera o viuda solitaria, como lo son la mayoría de las funcionarias de la cárcel que emplean su escaso tiempo libre para limpiar las habitaciones que nadie visita y que ellas mismas apenas utilizan.

No sé nada, pero un par de golpes me traen una y otra vez la idea de tranquilidad, ordenada y firmemente delimitada, y al mismo tiempo un poco de angustia por la estrechez y la desesperanza de una mísera existencia: una cómoda, fotografías amarillentas, flores artificiales y un sofá duro...

¿Conoce Vd. también el efecto especial de esos sonidos cuyo origen nos es desconocido? Esto lo he probado en todas las cárceles. Por ejemplo, en Zwickau, todas las noches, puntualmente a las dos, me despertaban patos que vivían en algún lago en la vecindad, con un fuerte “¡cua-cua-cua-cua!” La primera de

las cuatro sílabas deben ser gritadas con la más fuerte de las entonaciones con convicción, para descender hasta un bajo profundo. Cuando es grito me despertaba, en medio de la absoluta oscuridad y acostada sobre el duro colchón, siempre demoraba algunos segundos en darme cuenta dónde estaba. La sensación opresiva de la celda, la entonación especial del “cua-cua”.. y el hecho de no saber de dónde se hallaban los patos y que sólo los escuchaba en la noche, daba a sus gritos un sentido misterioso y significativo. Me parecía siempre alguna sabia sentencia que repetida cada noche encerraba algo irrevocable desde el principio del mundo, como alguna sabia regla sacerdotal:

Y en las alturas de los aires de la India.
Y en las profundidades de las tumbas egipcias.
He escuchado la palabra santa...

Dado que nunca pude descifrar el sentido de esta sabiduría de las aves y sólo tuve una vaga idea que me producía cada vez una rara inquietud en el corazón. Y mucho tiempo después de escucharlos, me revolvía con angustia en mi cama.

Muy distinto era en la Barnimstrasse¹. A las nueve de la noche, cuando apagaban la luz, quiérase o no, me acostaba pero no podía conciliar el sueño. Algunos minutos después de las nueve empezaba regularmente, en medio de la tranquilidad nocturna, el llorisqueo de un niño de 2 a 3 años, en un conventillo vecino. Siempre se escuchaban unos sonidos suaves e intermitentes, como arrancados del sueño y luego de algunas pausas, el pequeño pasaba a un auténtico y vehemente llanto, que no expresaba un dolor determinado o deseo alguno, sino una disconformidad general con su existencia. Expresaba incapacidad de dominar las dificultades de la vida y sus problemas y era evidente que su mamá no estaba cerca. Este llanto desesperado duraba tres cuartos

de hora. A las diez en punto, yo escuchaba que la puerta se abría enérgicamente, y en la pequeña pieza sonaban ligeros y rápidos pasos. Y se oía una juvenil voz femenina, impregnada de la frescura del aire de la calle: “¿Por qué no duermes?”. A lo cual seguían siempre tres palmadas que hacían presumir el apetitoso calor de la cama y la parte palmeada del pequeño cuerpo infantil.

Y, ¡oh maravilla! los tres pequeños golpeitos solucionaban como por arte de magia todas las dificultades y los intrincados problemas de su existencia. Cesaba el llanto y el pequeño se dormía de inmediato. De nuevo reinaba un silencio salvador en el patio. Esta escena se repetía tan regularmente cada noche, que pasó a ser parte de mi existencia. A las nueve de la noche yo solía esperar con los nervios tensos el despertar y el llanto de mi pequeño y desconocido vecino, cuyos registros me eran familiares comunicándome su sentimiento de desconcierto frente a la vida. Entonces yo esperaba el regreso de la joven mujer, su pregunta

altisonante y en especial los tres golpecitos liberadores.

Créame, Hänschen, este viejo método de resolver problemas existenciales provocó milagros en mi alma a través de los golpes en la cola del muchachito. Mis nervios se relajaban de inmediato y casi siempre me dormía al mismo tiempo que él. Nunca pude saber de cuál de las ventanas con geranios, de cuál de las piecitas, se comunicaban conmigo estos hilos. A la luz del día, todas las casas que abarcaba mi mirada, eran por igual grises, sobrias y firmemente cerradas, diciéndome: “Nosotros no sabemos nada”. Recién en la oscuridad nocturna y a través de la brisa veraniega se establecían relaciones misteriosas entre quienes no se conocían ni veían.

¡Qué hermosos recuerdos tengo de la Alexanderplatz! ¿Sabe Vd., Hänschen, qué es Alexanderplatz? Mi estadía de un mes y medio allí, me dejó canas y debilitó mis nervios. Y no obstante conservo un pequeño recuerdo que cual flor se afincó en mi memoria. Era otoño

avanzado, octubre, y no había luz en la celda. Allí empezaba la noche a las cinco o seis de la tarde. No podía hacer otra cosa que acostarme en la celda que medía 11 metros cúbicos y estaba atestada de muebles indescriptibles, y declamar en medio de la horrenda música de los trenes urbanos, que permanentemente pasaban y sacudían mi celda, reflejando la luz en los vidrios de la ventana. Luego de las diez de la noche, solía apaciguarse el diabólico concierto de los trenes y enseguida se podía oír desde la calle lo siguiente.

Primero se oía una voz bronca de hombre, que tenía algo de grito y de amonestación. Y como respuesta el canto de una muchacha de cerca de 8 años que evidentemente, mientras brincaba cantaba una canción infantil. Al mismo tiempo, sonaba su risa argentina cual campana. Debía ser algún portero cansado y malhumorado que llamaba a su hijita para que fuera a dormir. La pequeña no quería obedecer, y dejaba que la voz de bajo de su padre la llamara mientras saltaba y corría como una

mariposa, burlándose del padre que se hacía el severo, con una canción alegre. Se podía ver flotar en el aire la corta falta y las finas piernitas. En el ritmo de la canción infantil y en la risa sonora, había tantas ganas victoriosas y despreocupadas de vivir que todo el oscuro y húmedo edificio de la Jefatura de Policía, se envolvía en un manto de niebla plateada y en mi celda maloliente reinaba súbitamente un aroma de oscuras rosas rojas... De todos los lugares se recoge un poco de felicidad desde la calle que nos dice que la vida siempre es hermosa y rica.

Hänschen, ¡Vd. no se imagina qué azul estaba hoy el cielo! ¿O acaso lo estaba igualmente en Lissa? Antes del encierro nocturno, salí por media hora a regar las flores en mi pequeño cantero (pensamientos, no me olvides y otras todas plantadas por mí). Voy con una pequeña regadera y camino un poco por el jardín. Esta hora vespertina tiene una atracción muy particular. El sol aún calentaba y sus rayos oblicuos quemaban cual beso en la nuca y las

mejillas. Un leve airecillo movía los arbustos como una promesa susurrante anunciando la pronta frescura que relevaba al calor diurno. En el cielo, que era de un azul fulgurante y tembloroso, había un par de nubes blancas y apiladas. Una media luna pálida nadaba fantasmagórica entre ellas. Las golondrinas empezaban su nocturno vuelo, cortaban con sus puntiagudas alas la seda azul del espacio, volaban gorjeando de aquí para allá, escapándose con sus tijeretas a alturas vertiginosas. Yo permanecía con mi regadera goteante en la mano y la cabeza en alto, sintiendo una infinita nostalgia y deseo de sumergirme allí en la húmeda, titilante inmensidad azul para bañarme en ella, chapotear, impregnarme de espuma, disolverme y desaparecer. ¿Sabe Vd.?, Mörike⁽²⁾ me vino a la memoria:

Oh río, río mío, al rayo de sol matinal
recibe, recibe pues
al más nostálgico cuerpo una vez más
y bésale el pecho y la mejilla!

El cielo azul y límpido
hacia donde cantan las olas
El cielo es el alma tuya
¡Oh, déjame escurrirme allí!
Me sumerjo en espíritu y cerebro
en el azul más profundo
y no lo puedo alcanzar
¿Qué hay más profundo, más profundo que
eso?
Sólo el amor no está satisfecho ni se satis-
face jamás
con su aparente mutación...

Por Dios, Hänschen, no siga Vd. mi mal
ejemplo, no se vuelva tan charlatán. No lo haré
más, ¡lo juro!

Notas

(1) Tristemente famosa cárcel de mujeres, en el centro de Berlín. Más tarde, bajo el nazismo, centenares de mujeres antifascistas fueron allí encarceladas (N. del T.).

(2) Eduard Mörike, poeta alemán nacido en 1804, fallecido en 1875, autor de baladas, novelas y relatos, muy apreciado por Rosa Luxemburgo (N. del T.).



"El tren", dibujo de Rosa

Wronke, 6 de julio de 1917.

Hänschen, ¿está dormido? Llego con una larga pajita para hacerle cosquillas en el oído. Necesito compañía, estoy triste, quiero confesarme. En estos días fui mala, por lo tanto desdichada y enferma. O quizá el orden sea inverso, estuve enferma, y por eso desdichada y por ello, mala –ya no lo recuerdo. Ahora estoy bien de nuevo, y prometo nunca, nunca más oír al diablo en mi interior. ¿Puede Vd. tomar a mal que yo de vez en cuando sea desdichada, dado que aquello que significa vida y felicidad para mí, siempre tengo que verlo y oírlo desde lejos? Enójese Vd. conmigo. Juro que de ahora en adelante seré la paciencia y la bondad en persona. Por Dios, ¿no tengo bastantes motivos para estar agradecida y de buen ánimo? El sol brilla y los pájaros cantan aquella vieja canción cuyo sentido comprendo tan bien...

Un pequeño amigo cuya foto le envió ha contribuido a hacerme entrar en razón. Este muchacho con el pico tan atrayente, la frente alta y ojos sabihondos se llama pájaro “hypolais-hypolais”; en alemán “pájaro del follaje jardinero”. Es seguro que Vd. lo ha oído en algún lugar porque anida preferentemente en jardines y parques. Con seguridad Vd. no lo ha observado porque en general los hombres dejan de lado sin observar las cosas más hermosas de la vida. Este pájaro es un bicho curioso. No canta una canción, una melodía como otros pájaros sino que es un tribuno popular de la gracia de Dios. Dirige sus discursos al jardín en voz alta y plena de excitación dramática, elevación y salto patéticos de tono. Plantea las cuestiones imposibles, se apresura en dar respuestas sin sentido, hace los planteamientos más audaces, rechaza acaloradamente afirmaciones que nadie hizo, arremete contra puertas abiertas y de súbito dice en forma triunfal: “¿No lo he dicho, no lo he dicho?” Advierte a todos quienes quieran

o no oírlo: “¡Ya verán, ya verán!” (Porque tiene la inteligente costumbre de repetir dos veces cada chiste). No le importa piar de repente, como un ratón cuya cola quedó apretada. O estallar en una risa pretendidamente satánica, que suena muy cómica, en su minúscula garganta.

En síntesis, él llena incansablemente el jardín con sus disparates y uno en el silencio que reina cree ver intercambiar miradas y encoger los hombros a los otros pájaros durante estos discursos. Sólo yo no me encojo de hombros sino que río feliz y exclamo a plena voz: “¡Dulce charlatán!” Desde luego, sé que sus discursos tontos tienen la más profunda sabiduría y que tiene razón en todo lo que dice. Como un segundo Erasmo de Rotterdam, él canta loas a la tontería consciente y da en el blanco. Creo que ya me conoce por la voz. Hoy, luego de varias semanas de silencio, empezó de nuevo con sus ruidos y se posó en el pequeño avellano cerca de mi ventana.

Cuando lo saludé, alegremente: “dulce charlatán”, me espetó como respuesta algo impertinente, que podría interpretarse más o menos así: “¡Tú eres una ignorante!”... Lo cual acepté con una risa agradecida y de súbito me curé de maldad, desdicha y enfermedad. Hänschen, ¡no estoy fantaseando acerca de esta charlatanería dramática! Cada palabra es cierta. Vd. mismo podrá convencerse en el jardín botánico de Berlín, donde anida masivamente estos pájaros y se va a retorcer de risa, cuando oiga a estos alegres bichos.

Otra vez el día fue de una indescriptible belleza. Suelo regresar a mi celda, por lo general, a las diez de la mañana para trabajar. Hoy no lo hice. Me senté con las piernas extendidas en mi sillón con la cabeza hacia atrás y miré el cielo durante horas enteras, sin moverme. Inmensas nubes de formas fantásticas posaban encima del azul mate que se percibía detrás de ellas. Las nubes estaban bordeadas por la luz solar y mantenían su expresivo gris en el centro que jugaba con todos los matices desde un hálito plateado y endeble, hasta el tormentoso tono oscuro.

¿Ha podido observar cuán hermoso y rico es el color gris? Tiene algo distinguido y reservado y muchas posibilidades. ¡Qué maravillosos son los tonos grises sobre el fondo azul del cielo! Es como un traje gris en relación a profundos ojos azules. Delante de mí susurran los álamos del jardín, sus hojas trepidan y fulguran al sol con un estremecimiento voluptuoso. En estas horas en las cuales estaba sumergida en sueños grises y azules, tuve la sensación de percibir el paso de milenios. Kipling cuenta en algunas de sus historias de la India cómo una manada de búfalos era expulsada cada mediodía de la aldea. Los animales gigantescos que podrían haber destrozado toda la aldea en pocos minutos, obedecían pacientemente al látigo de dos niños de piel marrón oscuro vestidos con camisitas que los conducían hacia un pantano lejano. Ahí los animales penetraban en el pantano con gran ruido, se sentían cómodos y se sumergían hasta los hocicos. Los niños se encaminaban hacia unos arbustos de acacias, para protegerse del sol inmisericorde y comían

despacio un bizcochuelo hecho de harina de maíz. En tanto, observaban la luz del sol, las salamandras dormidas y miraban en silencio hacia el espacio fulgurante... “Una tarde como ésta les parece a ellos más larga que a alguna gente la vida entera”, se lee si no me equivoco, en Kipling. Qué bien lo ha dicho, ¿no es así? Yo me siento tan bien como aquellos niños de la aldea india cuando vivo una mañana como la de hoy.

Me tortura algo. Sola yo puedo disfrutar de tanta belleza. Quisiera gritar a través del muro. ¡Por favor, observe Vd. este día tan hermoso! No olvide, por más ocupado que esté al atravesar el patio, levante la cabeza y mire a las inmensas y plateadas nubes, y al silencioso océano azul en el cual éstas nadan. Observe, por favor, el aire impregnado del aliento apasionado de los últimos tilos en flor. ¡Observe el esplendor y la hermosura de este día, porque no volverá jamás! Le ha sido regalado, como una rosa florecida, puesta a sus pies, que espera que Vd. la levante y la apriete contra sus labios.

R.

Breslau, 13 de agosto de 1917.

Hänschen, hace poco le envié un saludo en una tarjeta postal y tengo ganas de recibir una carta suya. Aquí hago la vida de un prisionero. Estoy encerrada día y noche en mi celda y sólo puedo ver enfrente la cárcel de hombres. Puedo caminar todo el tiempo en el patio, un patio rodeado de edificaciones de la prisión, en el cual se mueven los prisioneros que allí trabajan. De manera que reduzco los paseos al mínimo recomendado por los médicos, por consideraciones de salud, e incluso durante éstos (paseos) observo muy poco a los que pasan a mi alrededor.

El alejamiento de Wronke es duro, en todo sentido. Pero esto no es una queja, sino una explicación de por qué, por ahora, no le envío cartas tejidas por el olor de las rosas, el azul del cielo y los velos de las nubes. Pero la alegría volverá porque soy portadora de ella en cantidades inagotables. Primero, debo

poner mi cuerpo en orden, lo que hasta ahora no he logrado. Mi estómago se rebeló hace una semana y media, y tuve que guardar cama durante una semana. Tomo sopas y me aplican compresas calientes. La causa me es desconocida, posiblemente son los nervios que reaccionan de modo abrupto, ante el empeoramiento de las condiciones de vida. Hoy ya me siento algo mejor y bajé por una hora al patio y al sol. Creo que lo peor ya pasó. Allí hay dos angostas y raquílicas franjas de pasto, pisoteadas muy a menudo por las botas de los prisioneros que tienden su ropa. Ello impide, naturalmente, que el pasto crezca. De cualquier manera, allí he podido encontrar diversas especies botánicas, aquileas en flor, una docena de vellocillas (Vd. seguramente las conoce sin saber el nombre botánico, se parecen a los dientes de león pero mucho más chicas), elevan sus pequeñas y asoleadas cabecitas. Mariposillas que ahora vuelan en bandadas, se posan sobre ellas. También hay un par de palomas, como en todo patio carcelario. Proviene de la vecindad,

se sienten muy bien y orgullosamente se acercan cuando traen bolsas de cereales, porque de vez en cuando encuentran algún grano. También algunos gorriones se acercan en silencio.

Leo ahora Mignet y Cunow sobre la Revolución Francesa. ¡Qué trama inagotable que siempre atrapa y entusiasma! Pero para mí la Revolución Inglesa es aun más potente y fantástica, más brillante, pese a darse en formas morosas derivadas del puritanismo. Ya leí tres veces a Guizot, pero volveré a hacerlo más a menudo.

Estoy traduciendo aplicadamente a Korolenko que prometí entregar a fin de mes. Pero a causa de mi enfermedad, hubo un sensible retraso. ¿Qué le parece esto a Ud.?

Recuerdo ahora que posiblemente Vd. dirigió las cartas a la Dra. Lübeck y aquí nadie sabe que ésa soy yo. Pero no he recibido ninguna misiva suya, y espero con ansiedad alguna carta. Aquí las cartas son aun más bienvenidas que en Wronke.

Hasta la vida, hasta la próxima carta.

Cordialmente, su

R.

N.B. Naturalmente aquí ya se supo que me llamo Dra. Lübeck y Vd. puede dirigir su carta a la comandancia, con ese nombre. ¿No puede enviarme algunas novelas? No tengo nada más. Sonia (Liebknecht) me envió todo un paquete –cosas imposibles...

Adjunto para Vd. un esbozo sobre Shakespeare (del Dr. Morgenstern).

Breslau, 27 de agosto de 1917.

Hänschen, hoy es un día gris, horroroso tiempo de lluvia y por eso estoy encerrada en mi cuchitril todo el día. Recién me trajeron el correo, algunas cartas, entre ellas de Vd. –¡y ahora estoy nuevamente alegre y animada! También para mí es una salvación que nuestra correspondencia por fin se haya regularizado. Acabo de mandarle una carta a Stuttgart, pero ya no pude retirarla para suplirla por ésta.

Pobre Hannesle, puedo compartir el estado de ánimo que ahora le embarga, y siento la necesidad de saber algo acerca de sus preocupaciones. Yo aprobaría que se trasladara ya mismo a Stuttgart para permanecer cerca de su padre. Ya que no se puede ayudarle a aliviar su situación, por lo menos estar cerca será para el pobre una buena acción porque después uno se hace amargas recriminaciones por cada hora que ha estado ausente, sobre todo, con los más

ancianos. Yo no tuve la dicha de haber podido hacerlo con mis padres. Tenía que liquidar permanentemente asuntos urgentes para la humanidad y hacer feliz al mundo.

Recibí la noticia de la muerte de mi padre en Berlín y al regresar del Congreso Internacional de París, donde me trencé con Jaurès, Millerand, Daszynski, Bebel y Dios sabe cuántos más, hasta que volaron las plumas. Mientras tanto mi viejo padre no pudo esperarme y murió. Seguramente se dijo que no tenía sentido pues aunque esperara más, yo nunca “tendría tiempo” para él ni para mí. Cuando regresé de París, ya hacía una semana que lo habían enterrado. Naturalmente ahora sería más inteligente pero en general, uno se vuelve más inteligente cuando ya es demasiado tarde. De manera tal que si Vd. puede, vaya a ver a su padre y quédese con él hasta el final. Este consejo significa para mí un sacrificio. Lo siento más cerca en Lissa y cuando viaje a Stuttgart, me sentiré totalmente abandonada. Pero, yo tengo tiempo –¡ahora tengo mucho tiempo!...– y también el correo me traerá sus noticias de allá.

Romain Rolland no es para mí un desconocido, Hänschen. Es uno de los cuervos blancos intra y extra muros (1), que no acompañaron durante la guerra la recaída en la psicología del hombre de Neandertal. De él he leído “Juan Cristóbal en París”, en una traducción alemana. Temo ofenderle, pero quiero ser, como siempre, honesta: sentí que el libro era simpático y bueno pero más panfleto que novela. No lo considero obra de arte. Respecto a eso, soy una implacable crítica, pues la tendencia más hermosa no puede suplir al genio sencillo y divino. Pero quisiera gustosamente leer más de él en francés, lo que sería una satisfacción para mí y tal vez encontraría algo más en otras obras que en esa.

Pero, ¿qué le parece el libro de Hauptmann “Locura en Cristo”, que le envié? ¿Aún no lo ha leído? Esto sería ahora, dado su estado de ánimo, un verdadero tesoro. Si ya lo leyó, ruego que me envíe rápidamente su opinión.

Desde hace unos días, nubes de avispas invaden mi celda (naturalmente, mantengo día y noche la ventana abierta). Ellas buscan alimento y Vd. sabe que soy hospitalaria. Les puse un platillo con alimentos y ellas trabajan incansablemente. Es un goce ver cómo estos pequeños animales desaparecen cada par de minutos con una nueva carga a través de la ventana para volar lejos hacia un jardín cuyos árboles vislumbro en la lejanía y luego de unos minutos, vuelven al plato. Hänschen ¡qué sentido extraordinario de orientación tienen, con sus ojitos del tamaño de la cabeza de un alfiler y qué memoria, vienen día a día y de ninguna manera olvidan durante la noche el camino hacia el “almuerzo burgués” detrás de las rejas! En Wronke he visto a diario durante mis paseos por el jardín, cómo perforaban la tierra entre los adoquines, creando pasillos. En cada metro cuadrado había decenas de agujeros tales que el ojo humano no los podía diferenciar. Lo asombroso es que cada animal sabía exacta y directamente el camino hacia los suyos,

cuando regresaba de una gran excursión. El mismo problema respecto a la inteligencia, plantean los pájaros en sus excursiones. En la actualidad, estoy estudiando más de cerca este tema. Hänschen, ¿sabe Ud. que en su camino otoñal hacia el sur, los pájaros grandes como las grullas llevan muy a menudo pájaros más pequeños en sus espaldas como alondras, golondrinas y otros?

Estos no son cuentos para niños, sino observaciones científicamente comprobadas. Y los pequeños se entretienen entre ellos, en su “asiento de ómnibus”... ¿Sabe Vd. que en tales excursiones otoñales muy a menudo aves de rapiña –gavilanes, halcones y milanos– vuelan junto a pequeñas aves canoras, que en general engullen y conciertan una especie de tregua? Cuando leo estas cosas, me conmuevo y me causa alegría de vivir, de manera tal que incluso considero a Breslau, una localidad en la cual la gente puede vivir. No sé por qué esto me influye tanto. Quizás porque me recuerda nuevamente que la vida es un cuento hermoso.

Al principio, aquí casi lo había olvidado. Ahora nace de nuevo en mí. No me dejo aplastar...

Escriba pronto.

Cordialmente, su

R.

Adjunto una carta conmovedora de un soldado. No conozco a su autor.

(1) Literalmente, dentro y fuera de la ciudad.



Insurrección espartaquista en Berlín, 1919



Índice

Prólogo.....	pág. 5
--------------	--------

A Leo Jogiches

Clarens, 20 de marzo de 1893.	pág. 19
Suiza, 16 de julio de 1897	pág. 23
Berlín, 6 de marzo de 1899.....	pág. 32
Bitterfeld, 11 de mayo de 1899.....	pág. 39
Friedenau, 24 de octubre de 1899.	pág. 41
Friedenau, aprox. 13 de enero 1900.....	pág. 45
Friedenau, 29 de marzo de 1900.....	pág. 51
Friedenau, cerca del 3 de julio de 1900	pág. 55
Friedenau, 17 de julio de 1900.....	pág. 59
Friedenau, 17 de setiembre de 1905	pág. 62

A Kostia Zetkin

Friedenau, 17 de setiembre de 1907.	pág. 69
Friedenau, 5 de junio de 1908.	pág. 73
Friedenau, 22 de agosto de 1908.	pág. 77
Friedenau, 28 de setiembre de 1908.	pág. 81
Friedenau, 28 de enero de 1909.	pág. 83
Friedenau, luego del 2 de setiembre de 1909...	pág. 85
Friedenau, 24 de setiembre de 1909.	pág. 89
Dortmund, Hotel Kaiserhof, 12 de abril de 1910	pág. 90
Friedenau, 5 de noviembre de 1910	pág. 93
Berlín-Südende, 26 de abril de 1912.....	pág. 95
Weisenbach, (Murgtal), 15 de agosto de 1912	pág. 97

A Paul Levi

Berlín-Südende, 23 de marzo de 1914	pág. 101
Berlín-Südende, abril de 1914.....	pág. 103
Berlín-Südende, mayo de 1914.	pág. 105
Berlín-Südende, julio de 1914.....	pág. 106

A Hans Diefenbach

Wronke, 23 de junio de 1917 (desde la cárcel)	pág. 109
Wronke, 29 de junio de 1917	pág. 117
Wronke, 6 de julio de 1917.	pág. 129
Breslau, 13 de agosto de 1917	pág. 135
Breslau, 27 de agosto de 1917	pág. 139

